
SELECCION TERROR
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
EL PACTO CON LOKY
GANE 1 MILLON
DE PESETAS
Ralph Barby


SELECCION
TERROR

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

RALPH BARBY

EL PACTO CON LOKY

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 601
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 40.320- 1984
Impreso en España - *Printed in Spain*.

2.ª edición en esta colección en España: enero, 1985
2.ª edición en esta colección en América: julio, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès
(Barcelona) – 1985

CAPITULO PRIMERO

El corredor se hallaba silencioso, en penumbra. Lancé mi mirada a todo lo largo del mismo y luego hacia atrás. Sabía que lo que deseaba llevar a cabo me traería consecuencias, consecuencias muy desagradables.

En aquellos momentos, recordé claramente la profunda sensación de desasosiego que experimenté la primera vez que avancé por aquel corredor, siempre con poca luz, como si se tratara de ocultar la muerte que cada día se paseaba por aquel lugar.

Al fondo, muy al fondo, el pasillo doblaba hacia la derecha. Después, una estancia almacén con una buena cantidad de ataúdes, desde los más baratos, que corrían peligro de desmontarse en su camino hacia la fosa común, a los más caros, con herrajes de plata y forrados en seda pura.

En mi mano, apretada dentro de la palma, la llave estaba tan caliente como mi propia sangre. De ella colgaba una placa redonda de plástico con un número, un número que a quien no lo conociera no le diría absolutamente nada, un número como podría tener la llave de cualquier habitación de hotel. Pero allí, allí era diferente y yo lo sabía bien, por ello apretaba la llave en el interior de mi diestra.

Sabía que me quedaba poco tiempo, que sólo tenía una oportunidad y debía aprovecharla para que mi conciencia se tranquilizara o quizá, todo lo contrario. Buscaba la luz a mis dudas y la muerte de mi insomnio.

No tardaría mucho rato en oírse el rodar metálico, casi traqueteante, de una vieja camilla. Allá abajo, en los sótanos del Hospital College, estaban las peores, las camillas desechadas de los pisos superiores.

Me decidí.

Arrojé la mitad del cigarrillo que había estado fumando al cenicero con arena que había en un rincón y anduve aprisa, aunque mis pisadas no sonaron. Me detuve junto a la puerta metálica.

"Disecciones", leí.

Hundí la llave en la cerradura, le di dos vueltas y empujé la puerta.

Todo estaba a oscuras delante de mí, todo olía a fenol, a fuertes antisépticos. Era un olor intenso, desagradable. El formol picaba en las fosas nasales. No, no era aquél el camino que yo había escogido en mi carrera profesional, pero tenía que hacer aquello...

Cerré la puerta antes de encender la luz para no llamar la atención y después, tanteando, busqué el conmutador eléctrico. Había tres pulsadores y para acertar, empleé la mano entera y accioné los tres al

mismo tiempo.

Súbitamente, la luz fuerte, poderosa, hirió mis ojos y me obligó a parpadear.

La sala tenía las dimensiones de un quirófano convencional. Carecía de ventanas, todo eran paredes lisas, con armarios y vitrinas para el instrumental.

Lavabos, media docena de grifos cromados, una campana de absorción para renovación del aire... Allí había muchas cosas que yo conocía bien, pero aquello no era el aula de disección donde se elevaban las butacas en semicírculo, formando un pequeño, austero pero cómodo anfiteatro.

Abajo solía situarse el profesor; cerca de él, dos enfermeros ayudantes. Tras él, un doctor adjunto y una enfermera instrumentista que, para que no hubiera distracciones entre los estudiantes, solía buscarse con escasos atributos femeninos. Y como si ella se percatara muy bien de esta circunstancia, solía tener el carácter agriado.

En las ocasiones en que el cuerpo a diseccionar pertenecía a una mujer joven, hermosa, la enfermera esbozaba una leve, casi imperceptible sonrisa de triunfo que se mantenía en su rostro mientras el escalpelo se hundía, cortaba y cortaba, haciendo materialmente pedazos lo que fuera bello en vida y que ya, en la muerte, sólo inspiraba un efecto de rechazo.

En el centro de aquella sala de disecciones que no se utilizaba para pedagogía, había una mesa algo más grande y completa que la utilizada en el aula dedicada a los mismos efectos.

Allí estaban los grifos de lavado y todo funcionaba a la perfección. La mesa de acero inoxidable, forrando una losa de pulido granito, formaba una ligera cubeta que podía albergar el agua para que ésta disolviera la sangre, quizá ya medio coagulada.

Una sábana blanca, algo húmeda, cubría un cuerpo humano.

Era un cuerpo femenino, menudo, el cuerpo de una mujer delgada, poca cosa. El lienzo apenas lograba moldear unos pechos incipientes.

Me acerqué despacio. Era la primera vez que me veía a solas con un cadáver en la sala de disección. El olor a formol, a fenolatos y a otros productos de la farmacopea más moderna, se me antojaron más intensos.

Sabía que aquel cuerpo estaba roto, roto en huesos y rasgado en carnes, aunque no lo había visto.

Una camioneta de reparto la había alcanzado de lleno.

El chófer de la misma, asustado, lanzando un grito mezclado con una interjección obscena que no terminó de salir de su boca, había pisado el freno instintivamente y las ruedas, gruesas, medianamente grandes, en vez de pasar sobre la víctima, habían frenado encima de su cuerpo, causando las irreparables heridas que la habían llevado en

una traqueteante camilla a la inhóspita y fría sala de disección.

Tomé entre mis dedos una punta de la sábana y la alcé lentamente.

Temía encontrarme con un rostro desfigurado. Nada más lejos de mi ánimo que un sentimiento de morbosidad. Había estudiantes que, quizá por su edad, quizá por una libido frustrada, gozaban con un oculto, silencioso y particular sadismo que al transcurrir los años se esfumaría.

Pero a mí, y lo puedo jurar sin turbar lo más mínimo la paz de mi espíritu, sólo me guiaba un interés de hallar la verdad, de disipar mis angustiosas dudas.

Lo primero que pude ver fueron unos cabellos negros, lacios, largos, húmedos. Luego, el rostro que fui desvelando despacio, apareció sereno, tranquilo.

Era paradójico que aquella muchacha hubiera quedado en brazos de la Muerte con una expresión dulce, habiendo sido ésta tan brusca como violenta.

Un rictus de terror, dolor e impotencia debía haber quedado grabado en su faz; mas no, dormía, dormía dulcemente. En su frente había una línea y un cosido justo a ras de la raíz de los cabellos, un cosido disimulado que no conseguía desvirtuar aquella sensación de placidez.

Quise suspirar y no pude. Sentía una honda ternura. Extendí mis dedos acariciando aquella frente. Los ojos estaban cerrados sin fruncimientos.

No quise ver el resto del cuerpo, destrozado por las ruedas de una desafortunada camioneta de reparto.

Perdí la noción del tiempo. No sé si permanecí así un segundo, minutos o quizá una hora. Terminé por mover la cabeza como escapando al encanto de un sueño, de una visión.

Abrí uno de los armarios vitrina. Tomé una cubeta y en ella deposité varias piezas del instrumental. Luego, me acerqué al cadáver y con un afilado bisturí corté el cosido que hiciera con anterioridad el médico forense.

Instantes más tarde, yo era una máquina médica, aunque no era médico todavía. Me hallaba en el último curso, a escasas fechas de los exámenes finales que habrían de otorgarme el título de doctor en medicina.

No tardé en escrutar el cerebro con las largas pinzas. Al fin, allí, escondido entre las circunvoluciones de la masa encefálica...

De pronto, sacándome de mi abstracción, de mi ensimismamiento, un portazo metálico que resultó estruendoso para mis oídos.

Volví la cara y lo vi allí, mirándome fijamente. Por un instante, descubrí en su rostro un gesto duro, durísimo, que pronto suavizó con

una sonrisa mezcla de ironía, sarcasmo y cinismo.

—¿Qué, Vyland, ya está tranquilo, o debo de llamarle ya doctor Vyland?

El doctor Halley, catedrático en neurología, era un hombre alto, magro, conspicuo, acostumbrado a mandar, a dar órdenes. Sus ademanes revelaban que había salido de una cuna de seda, de las mejores escuelas, de la familia más adinerada.

—Usted sabía que lo iba a encontrar, doctor Halley, pese a que sólo soy un estudiante de último curso.

Se acercó despacio, como condescendiente.

—Un estudiante que ha hurtado una llave, que se ha introducido en una sala que le está vedada, que se ha atrevido a tocar un cadáver ya diseccionado por el médico forense, ya que la víctima ha muerto a consecuencia de un accidente de circulación. Es una pena, Vyland, ha cometido usted una serie de equivocaciones concatenadas que pueden proporcionarle muchos problemas. Y yo que creía que iba a abrirse ante usted un brillante porvenir... Se ha empeñado en estropearlo por un simple impulso de soberbia o ¿cómo lo juzgaría usted Vyland? Me refiero a lo que ha hecho.

—Doctor Halley, esta pobre chica acudía a la sección neurológica del hospital acogiéndose a la gratitud porque carecía de dinero.

—Sí. Gracias a esas personas sin recursos pueden hacer prácticas ustedes los estudiantes.

—Sí, prácticas con los desheredados de la fortuna, que así se convierten en un puente entre los monos y los ricos.

—Es usted un poco duro, Vyland, ¿no le parece?

—Su cátedra de neurología apenas está atendida durante unos minutos en vez de las horas reglamentarias, pero supongo que la visita a enfermos particulares y las conferencias en otros centros le proporcionarán más beneficios.

—De modo que usted me considera un sujeto frío, ambicioso e interesado.

—No pretendo juzgarle, doctor Halley, no soy nadie para hacerlo.

—Eso ya es un gesto de su parte —replicó irónico, sabiéndose superior.

—Pero sí le digo que por rapidez, por no prestarle la atención necesaria, se diagnosticó a esta infeliz una ligera epilepsia, cuando usted tiene la suficiente sabiduría como para darse cuenta de que era simplemente un tumor cerebral y me jugaría las manos que, analizado, no es ni tan siquiera maligno.

—No lo dudo, Vyland, no lo dudo.

Hizo una pausa y sacó una pitillera de oro con sus iniciales grabadas con brillantes. Tomó un cigarrillo al que prendió fuego sin ofrecerme otro. Luego, añadió:

—Es una pena. Es usted un joven brillante, pero comete demasiadas estupideces. ¿Acaso cree haber conseguido algo con ese descubrimiento, con esa confirmación a su teoría?

—Sólo le dio un vistazo, un vistazo apresurado... Yo estaba delante y di mi opinión: "Es un tumor benigno extirpable". Pero, usted no quiso ni oírme. Otros compañeros se sonrieron y usted sentenció: "Epilepsia". Dio unos datos más, con los que se despachó a gusto y los otros pensaron que yo había estado más que torpe. La chica, sintiéndose como un conejillo de indias, mirándonos a todos asustada como una cervatilla, temiendo que todos le pusiéramos las manos encima, escapó con una receta de tratamiento escrita aprisa por su ayudante. Después, en la calle, un mareo en el momento más inoportuno y desgraciado. Perdió el conocimiento justo delante de una camioneta de reparto y el asfalto se tiñó de sangre.

—Cualquiera que le escuchara opinaría que trata de juzgarme, condenarme y ejecutarme, Vyland. Admito que la chica tenía un tumor, posiblemente benigno y no epilepsia, pero con la epilepsia también se sufren desvanecimientos y podía haberle ocurrido exactamente igual delante del vehículo que la ha matado.

—Sí, eso puede pasarle a cualquiera, doctor Halley, pero si a ella se le hubiera dedicado un mínimo de atención, se habría diagnosticado un tumor operable que una vez extirpado, la habría liberado de todo tipo de riesgos. En cambio, ahora yace aquí, muerta, hecha pedazos.

—Muy bien, muy bien. ¿Espera que le aplauda? ¿Acaso piensa que explicando a los demás que tuve un error subsanable podría enlodarme y hacerme algún daño? ¿Piensa que alguien iba a creerle, cree que se podría demostrar? De un momento a otro, ese cadáver será encerrado en un ataúd y llevado a una fosa común. La chica no tenía familia y si estaba enferma, se ha desmayado en el asfalto y la han atropellado, no veo de qué se me pueda acusar. Otra cosa sería si hubiera fallecido entre mis manos y aun así, es usted demasiado insignificante para poderme salpicar con la más mínima mancha. ¿Acaso no se ha dado cuenta de ello?

—Sí, sí, me he dado cuenta. Está usted muy seguro en su torre de marfil. No obstante, no pensaba acusarle de nada, solo quería tranquilizar mi propia conciencia.

—Bien, pues ya la tiene tranquila y me ha demostrado a mí lo que pretendía. Ahora, cierre ese cráneo, cósalo, yo podré observar su habilidad para hacerlo. He oído comentar que es usted brillante en todas las asignaturas. Sería una lástima que fallara en alguna; sin embargo, no soy vengativo a menos que me obliguen a serlo y con usted no merece la pena ni que me plantee esta disyuntiva. ¡Vamos, cosa!

Apreté los labios y comencé a sepultar dentro de la bóveda craneana el yerro de mi maestro.

Cuando unas semanas más tarde recibí las calificaciones junto con mi titulación, sólo encontré sonrisas de condescendencia. Había aprobado todas las asignaturas, pero con la nota mínima, lo que me situó en los últimos lugares de mi promoción ante la sorpresa de mis propios compañeros.

Busqué una plaza de interno para hacer mis prácticas, pero había caído una maldición sobre mi nombre. Fui rechazado sistemáticamente donde quiera que solicitaba plaza.

De pronto, un día, recibí una carta ofreciéndome trabajo como interno en una residencia geriátrica cuya existencia ignoraba y en la que, por supuesto, no había pedido empleo.

No era lo que yo deseaba, pero las condiciones eran buenas y de esta manera podría hacer un mínimo de años como interno.

*

Tras escuchar con atención el relato del joven, alto y varonil Frank S. Vyland, la joven que viajaba a su lado en el tren en aquella noche que lloviznaba ligeramente y los cristales de la ventanilla se hallaban empañados de vaho, le sonrió y dijo:

—Será un placer trabajar a sus órdenes, doctor Vyland.

—Por favor, Lilian, no me llame así, me hará sentirme viejo.

—De todas formas, tendré que llamarle doctor Vyland. Serán las reglas de la Residencia Geriátrica Loki.

El tren comenzó a decelerar. Frank se levantó diciendo:

—Ya hemos llegado y debemos de darnos prisa. Aquí, el tren apenas se detiene, éste es un lugar demasiado pequeño y poco importante.

La ayudó a bajar el equipaje y poco después, ambos descendían del tren, guareciéndose bajo la marquesina negra y metálica de la estación ferroviaria.

Por los costados del vagón del que habían descendido escapaba el vapor de la calefacción, ascendiendo hacia la ventanilla que debía de corresponder al lavabo del vagón.

—Disculpen —les dijo un hombre uniformado, con un abrigo oscuro y gorra de plato. Era muy entrado en años y cojeaba ostensiblemente—: ¿Son ustedes el doctor Vyland y la enfermera, señorita Custer?

—Así es.

Vyland reparó entonces en las iniciales bordadas en las solapas del abrigo, subidas en parte para cubrirse las orejas. Aquellas iniciales correspondían a la Residencia Geriátrica Loki.

—¿Trae algún vehículo?

—Sí, afuera lo tengo. Si puedo ayudarles con el equipaje… Sin embargo, disculparán un momento antes de marcharnos. Los mozos de la estación están descargando del furgón…

Tomó la maleta de Lilian y echó a andar sin acabar la explicación que iniciara.

El vehículo aguardaba bajo la fría llovizna que casi era agua nieve.

Allí había una carretilla, un hombre con sombrero y abrigo caro, con las manos hundidas en los bolsillos, y tres mozos farfullando imprecaciones mientras descargaban un pesadísimo ataúd doble para el transporte de cadáveres a largas distancias.

De pronto, el ataúd, por su peso, cayó sobre la carretilla.

Una de las ruedas de ésta falló en un bache fangoso y la caja se fue al lodo. Se escuchó un crujido y la tapa se abrió.

Todos se miraron, inquietos. Lilian sufrió un estremecimiento.

—No teman, el ataúd interior va soldado —dijo en tono de disculpa el chófer del furgón que había ido a recogerlos, aprovechando el viaje para trasladar aquel féretro a la estación.

Dio una patada al ataúd exterior y los dientes de la cerradura volvieron a encajar mientras la lluvia lo mojaba. Luego, el uniformado cojo gruñó:

—No seáis imbéciles; cualquier día exigiremos un expediente contra vosotros.

Los tres mozos, ahora en silencio, consiguieron poner el pesado ataúd en la carretilla.

El hombre del sombrero y las manos en los bolsillos, firmó unos documentos que entregó al chófer de la residencia geriátrica y éste se guardó los papeles en el bolsillo, después, aceptó unos billetes que se guardó rápidamente.

Lilian Custer y Vyland, que habían presenciado la escena en silencio, vieron colocar sus equipajes en el interior de la furgoneta y luego pasaron a la cabina donde se acomodaron, escapando a la desapacible noche.

Se encendieron los faros del vehículo que taladraron la noche, pero con escasa profundidad mientras los limpiaparabrisas comenzaban con su monótono zum-zum y los neumáticos giraban avanzando sobre el lodo.

CAPITULO II

Un relámpago lejano, cuyo trueno no pudieron escuchar, difundió su luz cegadora a través de las nubes.

Los focos del furgón iluminaron la verja de entrada de la residencia, situada bajo una arcada de piedra en cuyo centro había una lápida de granito blanco con un bajorrelieve de un largo y esbelto salmón. Mas, no fueron las luces del vehículo de reparto las que iluminaron el edificio geriátrico.

Semejaba una mansión construida en el siglo XVIII, con planta y dos pisos. Frank S. Vyland supuso que en la fachada posterior tendría dependencias, antiguamente caballerizas y hoy dedicadas a garaje.

Tenía un torreón alto muy esbelto, emergiendo en el ala norte del edificio. Su cúpula era cónica y de plano muy inclinado, lo mismo que todos los tejados de la edificación, hechos de pizarra negra, adaptados para las frías temperaturas invernales y aptos para escupir la nieve que se pudiera acumular en ellos.

El furgón pasó al interior de los jardines, empapados por la persistente lluvia de finales de otoño. Aquel jardín podía resultar muy agradable en un día de sol suave.

Tenía extensos y bien tratados parterres donde se repartían los árboles, abetos, cedros y enebros, cuyas ramas bajas y gruesas arañaban la hierba.

Junto a los muros pétreos que circundaban la residencia, arriates de azaleas, aligustres, bojes. Las hiedras se pegaban a las piedras húmedas casi sempiternamente, oscureciendo aún más su aspecto y no crecía jaramago alguno, pues el jardinero parecía muy competente a juzgar por el cuidadoso aspecto que ofrecía el reino vegetal allí cultivado.

El furgón se detuvo ante el ancho porche, al que se subía por tres escalones.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Vyland.

—Está un poco lejos —opinó Lilian Custer.

—Es verdad. El camino ha sido endemoniado desde que abandonamos la carretera asfaltada.

—La residencia está en un lugar muy apartado de la civilización, por ello resulta tan beneficiosa para los nervios de los que aquí se acogen. Sí, señor, esto es un oasis de paz. No hay ni televisión y están prohibidos los aparatos de radio. Sólo hay música, a escoger, en cada habitación, nada más. El doctor Zasboriev cuida todos los detalles.

El chófer les dejó los equipajes en el suelo del porche y añadió:

—Entren, yo tengo que guardar el furgón y mucho trabajo que hacer aún esta noche. No somos muchos empleados aquí. Menos mal

que al doctor Zasboriev se le ha ocurrido contratar a más empleados.

Cuando quisieron contestar algo, el furgón se alejaba de ellos, dejando a la pareja bajo el porche, con los equipajes al alcance de sus manos.

Una luz piloto, que permanecía encendida durante toda la noche, iluminaba débilmente la entrada.

Toda la residencia se hallaba sumida en el silencio. La lluvia era tan fina que no se oía su golpear y la tupida alfombra de césped la absorbía sedienta.

—Bien, creo que debemos de entrar. No parece que tengamos un gran recibimiento —opinó la enfermera.

—Pues, entremos. Después de todo, no podíamos esperar otra cosa ya que es muy de madrugada. Dentro de pocas horas saldrá el sol.

—La verdad es que tengo muchas ganas de darme un baño y acostarme. Los viajes siempre resultan fatigosos, aunque la gente se empeñe en afirmar que son muy bonitos.

Frank S. Vyland tomó sus maletas y haciendo alarde de fuerza, cogió también una de Lilian, la más pesada. Esta protestó ligeramente, pero terminó aceptando la ayuda.

—¿Tenemos que pulsar el timbre? —preguntó la muchacha.

Frank tomó el pomo y la puerta de madera, con adornos de bronce, cedió con facilidad. Era gruesa, pesada, resistente.

Cruzaron un pequeño vestíbulo y pasaron a un gran salón al que descendía una escalinata más bien ancha. Luego, se abrían puertas oscuras a derecha e izquierda.

Todo parecía limpio, pulcro, algo barroco y con un exceso de esculturas humanas, desnudos en su mayoría, donde las morfologías masculina y femenina resultaban patentes. La belleza de los músculos, de los rasgos, quedaba bien acusada.

Del techo del primer piso, pues al segundo debía de llegarse por otra escalera interior, menos importante, colgaba una gran lámpara, transformada de bujías en eléctrica. Los eslabones de la cadena de la que pendía eran de cobre rojizo. Frank Vyland supuso que mediante algún mecanismo oculto, aquella lámpara podría descender casi a ras de suelo para ser limpiada o reparada.

—¿Qué hacemos ahora? No sabemos cuáles pueden ser nuestras habitaciones.

—Sí, claro —aceptó Vyland, un tanto sorprendido también por la soledad en que se hallaban. Sus abrigos estaban húmedos por el agua-nieve.

De pronto, un grito escalofriante, un grito que recorrió la residencia desde los tejados de pizarra negra hasta sus cimientos.

La luz de la lámpara, había encendida una sola bombilla de escasa potencia, vaciló, se apagó y se encendió repetidamente,

amenazándoles con la oscuridad mientras por las ventanas altas penetraba la luz de un relámpago.

El trueno se escuchó lejano, como un cataclismo sísmico que se aproximara lentamente, amenazador.

La luz no se apagó.

El grito (era difícil definir de qué tipo de garganta podía brotar) se interrumpió, pero se reanudó al poco, como si sólo se hubiera detenido para cobrar aire.

Frank y Lilian se miraron mutuamente.

—Alguien precisa ayuda —opinó Vyland.

—Sí, eso creo, pero pensaba que esto era una residencia para ancianos.

—Y teme que, en realidad, sea un sanatorio psiquiátrico senil.

—Pues en estos momentos, sí —asintió Lilian, con un ligero estremecimiento que no fue debido al frío, pues dentro de la residencia, la temperatura estaba caldeada por la calefacción.

Frank Vyland soltó las maletas y se dirigió rápidamente hacia la escalera. Lilian vaciló y le pidió, con algo de temblor en su voz:

—Aguarde, le acompaño.

—Quizá el profesor Zasboriev esté durmiendo y no se ha enterado.

Llegaron a lo alto. La voz les guio hacia un corredor que conducía a otra escalera que descendía al segundo piso. El grito ya no era lejano y se podían distinguir palabras dentro del mismo.

—¡No quieroooo, no quierooooo! —chillaba una desgarrada voz de vieja.

—Aquí es —dijo Frank abriendo la puerta frente a la que se habían detenido.

Dos tercios de la lujosa habitación se hallaban en penumbras. La mitad superior del lecho estaba iluminado por un foco bastante potente que debía de herir las pupilas de aquella mujer postrada en el lecho y que gritaba.

Su boca, al abrirse, mostraba una dentadura mellada, apenas dos dientes y el resto, oscuridad. El rostro era blanco, arrugado, y un cabello cano y desordenado la envejecía aún más.

Pero, aquella vieja que lanzaba alaridos no estaba sola.

Allí había dos personas más; un hombre con bata blanca, corta y pantalones oscuros, abundante cabello lacio meticulosamente peinado, y una mujer que vestía una bata negra o por lo menos oscura. Acababa de sujetar el brazo de la anciana en su ataque.

—¿Puedo ser útil en algo? —dijo Vyland a modo de presentación.

El médico de la bata blanca se volvió hacia ellos. Tenía un bigote espeso y bien recortado, a la moda de principios de siglo. Su piel era blanca y tersa; sus ojos, grandes, penetrantes.

Aquel hombre parecía tan joven como el propio Vyland; sin

embargo, había algo en él que produjo un extraño desasosiego en Lilian Custer, la cual lo atribuyó a su sobreexcitación.

—¿Quiénes son ustedes? —interpeló el hombre de la bata blanca sin alzar la voz, pero cargándola de dureza.

—La señorita es Lilian Custer, enfermera, y yo, Frank Vyland, contratado por el doctor Zasboriev.

—El doctor Zasboriev soy yo —dijo mientras sostenía en su mano un jeringuilla hipodérmica.

Frank se sorprendió. Esperaba encontrarse con un médico viejo o, por lo menos, más maduro.

La vieja gritó de nuevo en forma horripilante. Sus ojos semejaban saltársele de las órbitas.

—¡No, no quiero, no lo haré, me arrepiento, Dios mío, me arrepiento!

—Sujétele el brazo fuerte —pidió el extraño y sorprendentemente joven doctor Zasboriev.

Se inclinó sobre el brazo de la enferma. La aguja penetró en la vena y después, el contenido de la jeringuilla se disolvió en el torrente sanguíneo.

El otro brazo de la anciana estaba sujeto con una venda para que no la dañara el borde metálico de la cama, pero su mano comenzó a dar palmadas sobre su propia pierna, golpes cada vez más despiadados hasta que la mano quedó inmóvil.

La vieja dejó de gritar, sus ojos se cerraron y, sin embargo, Vyland observó que el flujo sanguíneo al rostro era más fuerte.

Se acercó para tomar su muñeca y controlarle el pulso, pero el doctor Zasboriev, con un aire de autoridad más propio en un hombre de edad mucho más madura, le contuvo.

—¿Qué piensa hacer, doctor Vyland, acaso controlarle el pulso?

—Parece que se le ha elevado en exceso después de la inyección.

—No es preciso que se lo controle, doctor Vyland. La he sedado para que permanezca tranquila y olvide sus terrores mórbidos. Las drogas, en principio, siempre acentúan el ritmo cardíaco, pero en tiempo corto, lo que no resulta peligroso.

Vyland aguantó la inquisitiva mirada del doctor Zasboriev y admitió:

—Es cierto, pero si padece alguna lesión cardíaca, una dosis fuerte de narcótico puede ocasionar serios disgustos.

—Naturalmente, doctor Vyland. ¿Cree que lo ignoro? Conozco muy bien a mis pacientes, no en vano soy el director de este centro geriátrico.

—Sólo quería observar que, según la droga que se inyecte...

—Las drogas que empleo no son fármacos vulgares que puedan comprarse en cualquier establecimiento público —le atajó—. Yo sigo

la escuela naturalista con algunas concesiones.

—¿Quiere decir que usted mismo prepara el sedante?

—Así es. Incluso, algunas drogas las cultivo yo mismo. Mi residencia tiene un nombre muy acreditado porque ofrezco un rejuvenecimiento muy especial y no pienso divulgar mis secretos. Por lo tanto, tendrá que conformarse con ver las etiquetas numeradas, sin nombres. Lo mismo le digo a usted, señorita Custer.

—Doctor, ya está tranquila —le dijo la mujer madura y vestida de negro que había clavado sus ojos en Frank Vyland de una forma muy descarada, sin disimulos.

—Bien, Sandra —aceptó el doctor Zasboriev.

—No estimo que eso sea correcto, doctor Zasboriev —le objetó Frank Vyland.

—Pues así tendrá que aceptarlo. Si quiere conservar su puesto de trabajo, deberá ser un colaborador competente y discreto. Conozco bien su ficha, sus calificaciones. Le falta mucha experiencia, aquí podrá conseguirla si sabe obedecer. No pregunte demasiado y sea eficiente; yo jamás pondré en manos de nadie mis secretos profesionales.

—Pero la medicina no debe tener secretos y usted lo sabe. Hay que divulgar los avances, los descubrimientos, para que sean aplicados en el mayor número de casos posible, si es que realmente son efectivos.

—Lo son, no lo dude, pero mis secretos no tiene por qué mezclarse con la medicina ordinaria. Aquí sólo acuden viejos acabados, desahuciados. Algunos tienen suerte, saben colaborar y obtienen lo que venían buscando. Otros, no.

—Sí, ya hemos visto un ataúd en la estación.

—Es lógico, doctor Vyland. Para hacer las cosas bien, en una residencia geriátrica, que es lo mismo que decir: "asilo", aunque en este caso concreto el sinónimo no valga, ha de haber un ataúd por cada recluido. Esto es la antesala del cementerio y así hay que verla, pero quienes se someten a mi tratamiento pueden tener suerte, mucha suerte, y salir a bordo de sus automóviles de lujo, porque aquí todos son ricos. ¿Lo sabía? Millonarios, por eso digo que salen en sus automóviles de lujo, de regreso a sus mansiones con la juventud metida de nuevo en los huesos, de modo que si quiere que su empleo dure, y lo mismo vale para usted, señorita Custer, aténganse a las reglas y disculpen que sea algo duro en nuestro primer contacto, pero ya se darán cuenta de que el destino ha hecho que nos conozcamos en un momento delicado para una de mis pacientes. —Inclinó ligeramente la cabeza y añadió—: Buenas noches. Sandra les conducirá a sus respectivas habitaciones.

Sandra dio un vistazo a la vieja que ahora dormía apaciblemente. Luego, se volvió hacia los jóvenes recién llegados.

—¿Dónde tienen el equipaje?

—Abajo, en el salón —explicó Frank.

—Bien, síganme, ya ordenaré que lo suban a sus habitaciones.

Pasó delante de ellos, pero luego se rezagó para cerrar la puerta del cuarto de la enferma con una de las llaves que colgaba de un aro que apareció entre los pliegues de su bata oscura. Lilian se dijo que Sandra no llevaba más ropa encima que aquella bata.

Descendieron al primer piso.

Luces piloto, estratégicamente colocadas, les iluminaban, dando una sensación espectral a los cuadros y esculturas que representaban la belleza y la juventud humanas, vistas a través de los ojos, el estilo y la mente de los más variados autores, pues muchas de ellas no eran genuinas sino reproducciones, fidedignas algunas y libres otras.

Sandra abrió una puerta y mostró a Lilian Custer una habitación no muy grande, pero confortablemente amueblada.

—Este será su dormitorio. Tiene un teléfono de línea interna a través del cual puede usted solicitar algo o bien pueden requerirse sus servicios.

—Bien. ¿Hay baño?

—Sí, es aquella puerta que ve a la derecha, puede disponer de él. Por los grifos saldrá toda el agua caliente que necesite.

—Gracias, así podré descansar a gusto, el viaje ha sido fatigoso.

—Buenas noches.

Lilian Custer vio cómo la puerta se cerraba. Vyland le hizo un gesto de despedida con la mano sin que Sandra lo advirtiera.

La joven aguardó unos instantes, temiendo que aquella mujer, especie de ama de llaves, le cerrara la puerta con llave, mas no ocurrió así.

Escuchó los pasos, apenas perceptibles, sobre el alfombrado del corredor y suspiró.

Miró el cerrojo y lo corrió instintivamente. Después, comenzó a observar a su alrededor. Aún tenían que subirle el equipaje.

Se acercó al cuarto de aseo para ir llenando la bañera de agua caliente, y en aquel cuarto de baño pulcro, confortable aunque de estilo ya pasado, descubrió otra puerta y la miró intrigada.

Se dirigió hacia ella. Tomó el pomo y tiró de él…

*

Frank S. Vyland se dejó acompañar hasta su habitación por Sandra.

La alcoba estaba bastante distante de la de Lilian, pero era similar en confortabilidad, aunque, además, tenía un amplio bureau con un fichero de trabajo.

—¿Le parece buena? —preguntó Sandra, sinuosa.

—Es mucho más de lo que podrían ofrecerme en muchos hospitales.

—Sí, seguro que sí —asintió Sandra.

Se acercó tanto a él que, simplemente levantando la mano, le cogió la corbata como para ajustarle el nudo de la misma.

—Estaba intrigada por saber cómo serías.

—¿Y?

—Seguro que has tenido mucho éxito entre las chicas de la facultad.

Frank Vyland sostuvo la situación y tomando la mano femenina, la apartó suave, pero firmemente de su corbata.

—Tengo pocas y aún no he cobrado para abastecer mi vestuario.

—Si es por eso, no temas, el doctor Zasboriev sabe recompensar a quienes le sirven bien. Por cierto, la señorita Custer, ¿era tu amiguita?

—¿Era? Oh, no, la he conocido en el tren, por casualidad nos hemos enterado de que viajábamos hacia el mismo lugar, aunque en adelante sí espero, que seamos buenos amigos.

—Yo sé muchas cosas, más de las que tú puedes siquiera imaginar. Te convendría más ser amigo mío que suyo.

Sandra se alzó de puntillas y lo besó en la boca. Frank no hizo nada por aceptar la caricia ni por rechazarla. Le quemaron los labios, pero se aguantó.

Ella se apartó de él diciendo:

—En esta residencia tenemos una buena calefacción para alejar la frialdad. Que descanses.

Sandra desapareció de su vista.

El hombre cerró la puerta y puso el cerrojo. Luego, se pasó la mano por los labios. Notaba una sensación ácida y desagradable en ellos. Se frotó varias veces con el dorso de la mano y se dirigió al cuarto de baño.

Allí descubrió que, además de los útiles y acomodos de aseo, Había una puerta inesperada, pintada de blanco. Era como si el baño hubiera de compartirlo con otra habitación.

Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. Nadie le contestó. Entonces, se decidió a tomar la manecilla y hacerla girar para franquearse el paso.

CAPITULO III

Lilian Custer, tras colocarse el salto de cama, se dirigió al cuarto de aseo. Lo primero que miró fue la silla que había puesto inclinada, atrancando aquella puerta que había en el cuarto de baño y que la noche anterior no lograra abrir. Había forcejeado con la manecilla, pero había sido inútil.

Tenía que dar forzosamente a otra estancia, sería un cuarto de baño para dos habitaciones. Instintivamente, por precaución, había atrancado la puerta.

La llegada a la mansión le había causado profundo desasosiego. El mal tiempo, la lluvia, las altas horas de la noche, el grito y el sufrimiento de la anciana y, por si fuera poco, la extraña personalidad del doctor Zasboriev. Se había sentido como desnuda bajo su penetrante mirada.

Minutos más tarde, abría la ventana. Trató de ver el exterior, mas la niebla era tan densa que hubiera dicho que se podía cortar con un cuchillo.

Notó en su rostro la sensación del frío húmedo. La habitación estaba caldeada, la calefacción funcionaba bien.

De pronto, un timbre la sorprendió. Se volvió y clavó sus ojos en el teléfono que volvió a sonar.

Desahorquilló el auricular y se identificó:

—Enfermera Custer al habla.

—Señorita Custer —le respondió una voz desconocida y cascada —, puede bajar a desayunar a la salita de la cocina.

—¿Y dónde está la cocina?

—Baje al salón. Detrás de la escalinata se abre una puerta que da a un corto corredor. Sígalo y llegará.

No tuvo ni tiempo de dar las gracias. La voz femenina, de tonos casi masculinos, había cortado el diálogo colgando.

Vistió su bata de enfermera, una bata flamante, y también colocó el gorrito sobre sus cabellos trigueños. Era la primera vez que usaba el uniforme como profesional. Lo había utilizado durante años con mangas azules para ser distinguida como estudiante en su período de internado.

Se miró al espejo y compuso su peinado con coquetería.

Sabía que era hermosa, pero era tan natural en ella que no le concedía importancia. No se envanecía de atraer las miradas masculinas con más intensidad de la normal.

Se componía ante el espejo con un ligero temor de quedar mal. Tenía sus vacilaciones; era su primer empleo, un empleo muy bien pagado, aunque el lugar de trabajo resultara tan recóndito y apartado

de la civilización.

Ahora pudo ver mejor los cuadros, las estatuas. Todas destilaban juventud, belleza, armonía y perfección. Sin embargo, allí se experimentaba una sensación distinta a la que pudiera sentirse en un museo de arte. Allí flotaba algo distinto e inexplicable.

El salón era grande. Estaba vacío, pero tenía más luz que la noche anterior.

Buscó la puerta y la encontró. Luego, un corto pasillo oscuro y fue a dar con una salita, antesala de la cocina de la residencia.

Allí había una mesa para diez comensales. No obstante, sólo la ocupaban dos hombres. Uno de ellos era Frank Vyland, ya le conocía y le saludó amablemente.

—Hola, ¿cómo ha dormido? —le preguntó Frank.

—Bien —mintió la muchacha.

—Vaya, tenemos a una enfermera muy bonita —opinó el otro hombre, tartamudeando ligeramente.

Lilian lo vio bajo, delgado, con cabello crespo cortado a cepillo, gafas muy gruesas y dientes salidos. Tenía un aspecto enfermizo y posiblemente muchas frustraciones psicológicas. Usaba una bata corta de color verde.

—Se llama Foster y estudió medicina —le presentó el propio Vyland.

—Ah, ¿también es doctor como el doctor Vyland?

—No, no pude terminar la carrera. Me puse doblemente enfermo y me quedé en enfermero especialista.

—¿Doblemente enfermo? —repitió Lilian, perpleja.

—Sí, unas fiebres extrañas —tartajeó—. Yo siempre he recogido todos los virus que alguien ha dejado sueltos y luego, enfermé del bolsillo, claro. —Hizo una pausa y sonrió. No le importaba tartamudear, estaba acostumbrado a ello, y por otra parte, se daba cuenta de que estando junto a él el joven doctor Vyland, poco podría conquistar a la nueva enfermera. De pronto, inquirió—: ¿Ustedes son expósitos también?

Lilian y Vyland se miraron entre sí desconcertados e intrigados a la vez.

—¿Tiene eso alguna importancia? —interrogó la muchacha a modo de respuesta.

—Es que yo lo soy y los otros también lo eran.

—¿Los otros? —inquirió Vyland.

—Sí, los que murieron o los que se fueron. Parece que aquí el personal sufre bastante renovación. El doctor Zasboriev es muy exigente, ya se irán dando cuenta.

Una mujer gruesa, con mucha sangre en sus mejillas, apareció portando una gran bandeja con servicio para cuatro desayunos.

—Aquí está la señora Flanagan. Yo la llamo Mammy, no he tenido madre y ella me cuida bien. ¿Verdad, Mammy?

Como que el enfermero se le había echado materialmente encima y lamido su cara como un perrito, ella le apartó.

—No seas empalagoso, Luke, siempre me dejas la cara mojada. Aquí te traigo tu chocolate. Ah, buenos días. He sido yo quien les ha llamado por teléfono. El desayuno se sirve a las ocho de la mañana, es bueno que lo sepan. Tengo muchas obligaciones y si bajan más tarde, no podría atenderles.

—Encantado con su proposición.

—Vaya, ¿usted también, doctor Vyland? —sonrió Luke Foster.

—Es que yo tampoco he conocido a mi madre.

—Yo sí la conocí, pero fue por poco tiempo, murió en un accidente de carretera —explicó Lilian Custer, agregando—: Y también la llamaré Mammy.

—Abusan porque me ven gorda, ¿eh?

—Buenos días —saludó de pronto una voz algo ronca.

Se volvieron hacia la puerta y el primero en responder al saludo fue Luke Foster, con su tartamudeo ya familiar para todos.

—Buenos días, señorita Sandra.

—Duerme usted muy profundamente, Foster. Ayer noche no acudió a los gritos de una de las residentes.

—Es que yo, yo tengo la presión algo baja, ya lo sabe, y duermo muy profundamente...

—Lo que pasa es que toma somníferos. Si lo descubre el doctor Zasboriev, puede que lo despida, ya sabe lo que opina sobre eso.

Luke Foster se asustó.

—No se lo dirá, ¿verdad, señorita Sandra?

Ella no les respondió. Miró a los nuevos empleados de la residencia y dijo:

—Podemos empezar a desayunar. Hemos de hacer la visita matinal a las habitaciones antes de que los residentes se levanten para desayunar en comunidad.

—¿Y qué hacen luego en estos días de niebla tan espesa? —preguntó Lilian.

—La Residencia Loki es grande, señorita Custer.

—Puede llamarme Lilian.

—Como le decía, señorita Custer... —insistió, marcando distancias la enigmática y madura Sandra.

Conservaba parte de la gran belleza que habría poseído, quizá con algunos kilos de más que, evidentemente, le causarían problemas para desembarazarse de ellos.

Desayunaron.

Luego, Sandra les condujo al despacho del doctor Zasboriev, que

estaba trabajando entre escritos bajo la luz de la lámpara del escritorio.

—Buenos días, doctor. Ya estamos listos para la visita matinal.

—Bien, bien. Buenos días a todos, en especial a los nuevos. La señorita Sandra les comunicará las normas de la residencia que exijo se respeten taxativamente. Los residentes no deben de ser molestados por deficiencias de tratamiento o cuidados. Son personas habituadas a ser servidas con esmero y no quiero que ninguno de ellos tenga quejas, que esto quede bien claro.

Frank Vyland pensó que la anciana que viera la noche anterior sí podría tener quejas, pero se calló. Necesitaba dos años de internado. La especialización de la geriatría no era la que más le gustaba, pero su inclinación tampoco estaba muy definida. Quizá la psiquiatría era lo que más le atraía y en los viejos se solían dar en un elevado tanto por ciento casos de demencia senil. Sería interesante para él como campo de estudio. Era seguro que podría observar y tratar muchas neurosis, bastaba con recordar a la anciana que gritaba.

El doctor Zasboriev, con su enigmática personalidad, con su aspecto juvenil y a la vez con algo que transpiraba mucha experiencia, incapaz de haber sido adquirida en los pocos años que debía de llevar de carrera, les precedió en la visita.

Se dirigieron a las habitaciones de los residentes.

Iban a contemplar con sus propios ojos la más variopinta y compleja colección de momias vivientes, hombres y mujeres cargados de arrugas y codicia de vida en sus pupilas, exigentes y despóticos en su trato mientras no estuviera presente el doctor Zasboriev al que todos, sin excepción, parecían temer profundamente.

Vyland no se explicaba el porqué de aquel temor, quizá era debido a saberse en sus manos; sin embargo, aquella residencia no era de reclusión obligatoria sino voluntaria y por lo que se podía deducir, con un elevado coste diario.

Lilian iba a ser la última en abandonar una de las habitaciones cuando el paciente, un viejo canoso, de voz temblorosa, magra anatomía y piel pecosa, con grandes manchas de vejez, estiró su mano y la apretó por la muñeca.

—Eh, ¿le ocurre algo?

El viejo intentó articular palabras. Lilian sintió una profunda angustia. Quiso que la mano la soltara, pero era como una tenaza.

El viejo continuó tratando de hablar, pero no logró decir nada y, bruscamente, cerró los ojos.

—¡Doctor! —llamó Lilian, entre asustada y sorprendida.

Todos se volvieron hacia ella, pese a que no había especificado ningún nombre.

—¿Qué sucede? —preguntó Zasboriev.

—Creo, creo que el paciente ha fallecido...

Lilian seguía con la mano apresada. Frank Vyland regresó aprisa junto a la cama. Auscultó el corazón del anciano y le miró los ojos, levantándole los párpados.

—Es cierto, ha muerto, y resulta extraño. Hace unos instantes no parecía presagiarse este desenlace; sin embargo, estaba muy acabado, demasiado. Ha tenido una muerte por senilidad.

El doctor Zasboriev miró profundamente al anciano muerto. Su expresión era de disgusto y todo lo que dijo fue:

—Estúpido viejo.

Dio media vuelta y se alejó de la alcoba.

Lilian Custer sacudió su mano. Sandra sonrió con ligero sarcasmo y dijo:

—Es posible que esto le ocurra muchas veces, es joven y bonita. Posiblemente ha sido para usted el último deseo del viejo.

Lilian se sintió mal. Vyland, que estaba a su lado, lo observó y rápidamente se dispuso a soltarla de la mano que el cadáver mantenía cerrada alrededor de la muñeca femenina. Hubo de liberarla dedo por dedo; era como si hubiera tratado de llevársela a la tumba a toda costa.

CAPITULO IV

La estancia no era muy grande. El centro lo ocupaba el catafalco y cuatro grandes velas ardían en torno al cadáver que tenía las manos cruzadas sobre el pecho, aunque con los dedos agarrotados, como si se hubieran querido aferrar a la vida sin conseguirlo.

Allí había varias personas, entre las que se contaban tres parientes del difunto, debidamente enlutados, pero a Frank S. Vyland no le pareció que se hallaran demasiado afectados sino todo lo contrario, pese a que trataran de disimularlo.

Luego, estaba el doctor McPothers, médico oficial y forense de la vecina población de Moon Hill, a cuya jurisdicción pertenecía la Residencia Geriátrica Loki.

El doctor McPothers era un viejo de nariz grande y las venas de su apéndice nasal estaban muy salientes y rojizas, delatándole como bastante amigo del dios Baco. Tampoco él conseguía poner cara de pesar.

Allí, alrededor del cadáver, había otros dos personajes. A uno de ellos, Vyland ya lo conocía. Era Wender, el chófer del furgón, aquel furgón grande, oscuro, con rascadas en su plancha y ruedas de tacos gruesos, aptas para rodar por la nieve sin demasiados problemas.

Luego estaba Samuelson, el jardinero, un tipo extraordinariamente huraño, de cuerpo largo y piernas exageradamente cortas.

Era el marido de la señora Flanagan y hasta él mismo sabía que su mujer hacía más caso a Wender que a él mismo; sin embargo, parecía importarle muy poco. Hablaba lo justo, apenas con monosílabos y éstos más parecían gruñidos de animal.

—Bien, aquí tienen la documentación en regla, con las dos firmas médicas de rigor para que no tengan problemas con la herencia —dijo el doctor Zasboriev, entregando unos papeles a los familiares del difunto.

—Sí, ya vemos que todo está en regla —aceptó el que tenía más personalidad de los tres y que, por añadidura, resultaba el más alto.

—Ha sido tratado hasta el último momento con el máximo de atención —prosiguió el doctor Zasboriev—. Me hubiera gustado avisarles, pero su agonía fue rápida, demasiado rápida. ¿No fue así, doctor Vyland?

Sorprendido por la interpelación, Vyland respondió sin pensarlo siquiera.

—Es cierto. Acabábamos de visitarle y no habíamos salido de su habitación cuando expiró.

—Bien. Caballeros, aquí tienen la factura. Puesto que se van a llevar el cadáver dentro de un par de horas, ¿qué les parece si

solventamos esta minucia y de este modo ya no tendrán que volver? No es que no deseemos su visita, pero supongo que les resultará penoso el viaje; por otra parte, es nuestra forma habitual de actuar.

El que sostenía la documentación, tomó la factura de la estancia y cuidados del difunto en la residencia y palideció.

—Es un tanto excesivo, ¿no cree?

—En absoluto. Por supuesto, la Residencia Loki no es un asilo de beneficencia, sino de lujo. Los que vienen aquí es porque lo solicitan con antelación. Las plazas son escasas y ahora podré dar entrada a otro personaje que espera ingresar en mi residencia. Por otra parte, tampoco les resultará gravoso abonarme la factura a cuenta de la herencia, puesto que ésta es muy elevada. ¿No es así? Yo no admitiría en mi residencia a nadie que no tuviese una gran fortuna para dejar en herencia, pudiendo confiar así en la generosidad y caballerosidad de sus herederos, siempre cualificados en la *high-life* mundial.

—Bien, nos haremos cargo de la factura. ¿No es así? —preguntó, buscando el consenso de los otros dos.

Cuando el doctor Zasboriev los vio asentir, sonrió. Iban a firmar los tres, comprometiéndose a pagar la elevada factura. Después de todo, el doctor Zasboriev les estaba facilitando una herencia.

Se alejaron y allí, junto a Frank S. Vyland, quedó el doctor McPothers que sacó un cigarro caro, le mordió la punta y la escupió después.

Frank Vyland observó que aquel hombre era ya muy mayor y vivía bien de su empleo. Al parecer, mantenía unas cordialísimas relaciones amistosas con el doctor Zasboriev.

—Vaya, vaya, con que es usted el nuevo médico ayudante, ¿eh?

—Así es. Creo que estando en una residencia geriátrica nos veremos con frecuencia.

—Sí. Desgraciadamente, como dice el doctor Zasboriev, esto es la antesala del cementerio. Un gran tipo el doctor Zasboriev. Cuando llegué a mi plaza, él ya estaba aquí y debe de poseer muchos secretos científicos que no confía a nadie, porque ya me ve, yo estoy envejeciendo y él parece un muchachote.

—¿Y cuánto tiempo hace que lo conoce?

—¿Al doctor Zasboriev? Pues, déjeme, déjeme contar. Treinta, treinta… —hizo como que pensaba y al final dijo—: Treinta y seis años.

—¿Está seguro? —preguntó Frank Vyland desconcertado.

Como si hubiera sido cogido en falta, el doctor McPothers se apresuró a decir:

—Por favor, no diga nada. Por cierto, si algún día descubre los secretos para no envejecer del doctor Zasboriev, le agradecería los compartiera conmigo. Ese doctor es un sabio, pero trabaja en silencio.

Si yo tuviera su ciencia... —suspiró.

Mientras, gracias a unas poleas que pendían del techo, Wender y Samuelson descendían una tapa de plomo sobre el doble ataúd para cubrir el cadáver que debía de ser bien protegido para el viaje al panteón familiar.

Frank Vyland quedó pensativo. Podía ser que el doctor McPothers chocheara ya. Era imposible que el doctor Zasboriev estuviera cerca de los sesenta años cuando aparentaba sólo unos treinta.

La tapa de plomo cubrió el cadáver y se encendieron dos sopletes. Por la forma en que los manejaban los dos empleados de la residencia, en silencio, sin molestarse entre sí, Frank Vyland supuso que era un trabajo habitual para ellos.

—¿Y no ha tenido nunca ningún tropiezo con el doctor Zasboriev?

—¿Tropiezo? Oh, no, es el hombre más amable que he visto, eso sí, muy en su sitio, con una gran personalidad. Conoce a gente muy importante, no le ocurre como a mí, que no he salido de Moon Hill. Mi nombre, en realidad, sólo ve los despachos de los jueces y notarios de importancia gracias a esta residencia para ancianos millonarios, como siempre hay de por medio herencias fabulosas.

—Entonces, ¿usted no ha tenido ninguna discusión respecto a alguna defunción?

Como si le hubieran preguntado una herejía, el doctor McPothers inquirió:

—¿Una discusión?

Vyland cedió un tanto al repetir su pregunta.

—Bueno, una diferencia de opiniones.

—Naturalmente que no, yo respeto mucho al doctor Zasboriev. En ocasiones y por amistad, le consulto algún caso de Moon Hill y él acude sin cobrar ni un centavo. Lo hace por amistad hacia mí. No, joven, no, usted puede aprender mucho junto a él. Yo, ya lo ve, me limito a firmar una defunción, siempre hago lo mismo. En realidad sólo es necesaria su firma, pero como la gente que muere aquí es muy rica, por aquello de las herencias, hace falta un certificado forense. Yo colaboro y el doctor Zasboriev se porta muy bien conmigo. Él sabe que siempre encontrará en mí a su más perfecto colaborador. Supongo que si le ha ofrecido a usted una plaza de interno es que también confía en usted.

—Supongo que sí. Yo no le conocía a él antes de recibir su contrato de trabajo que acepté en seguida.

—Ha hecho muy bien, se lo digo yo. Algunos se marchan de aquí, después de permanecer algún tiempo, para ocupar puestos muy importantes. No olvide que el doctor Zasboriev tiene amistades muy influyentes.

—Ya. Por eso obtienen cargos importantes en clínicas de prestigio

a los que un médico con el título en el bolsillo no puede aspirar.

—Eso es. Algunos no escriben, otros sí lo hacen y explican que ya son hombres importantes.

—De modo que colaborar con fe ciega y servidumbre total con el doctor Zasboriev da como resultado buenos y sabrosos frutos.

—No lo dude, joven, no lo dude, y usted tiene esa oportunidad. —Señaló el cadáver y añadió—: No crea que todos acaban como él, son un tanto por ciento pequeños en comparación con cualquier residencia geriátrica. De aquí, muchos se marchan en sus lujosos autos muy rejuvenecidos y dando las gracias al doctor Zasboriev por ese milagro que él consigue con muchos de sus pacientes, con los que realmente confían en él, que tienen fe ciega en su sistema, pues si no se cree en él, si se es escéptico, no pueden obtenerse buenos resultados.

—Eso será en una medicina psicológica, doctor McPothers.

—Exactamente, pero es que en el rejuvenecimiento de esos ancianos, según el método del doctor Zasboriev, hay mucho de psicología y psiquiatría. Yo casi me atrevería a jurar que es el todo, aunque me temo que jamás llegaré a descubrir totalmente su secreto del rejuvenecimiento. Ahora, discúlpeme, joven, tengo que irme. Cuando quiera pasar por Moon Hill, no deje de visitarme. Hay pocas diversiones allí, pero siempre tendré una partida de ajedrez para usted. Por cierto, ¿le gusta el ajedrez?

—Sí, claro.

—Bien. —En voz baja, añadió—: Y le diré quiénes son las chicas más guapas y con más posibilidades de buenas herencias.

—Parece que por esos lares lo más importante son las herencias —observó sarcástico Frank S. Vyland.

—Sí, son como la lotería.

—La lotería para el que hereda, no para el que se muere.

Se despidieron. Antes de abandonar la estancia del velatorio, donde los parientes habían dado la conformidad respecto al cadáver ya embalsamado, Vyland miró a Wender y a Samuelson.

Este último se volvió hacia él para devolverle la mirada. La llama del soplete en su mano parecía amenazante. A Frank no le gustó aquel sujeto. Como interesado que estaba en la psiquiatría y habiendo estudiado a los más importantes psiquiatras contemporáneos, se dijo que Samuelson, si no era un esquizofrénico, estaba al borde de dicha enfermedad psíquica.

Afuera, en los jardines, encontró a Lilian Custer que empujaba una silla de ruedas en la que se sentaba una anciana de mirada aviesa.

Frank Vyland se sintió como lamido por aquellos ojos. Era una mirada de deseo, inconcebible en una anciana como aquélla, cuya edad, a simple vista, se calculaba en más o menos ochenta años.

—Doctor Vyland, me siento mal. ¿Por qué no me ausculta el corazón? —preguntó la vieja.

—Tiene usted buen aspecto y en este momento no llevo el estetoscopio encima.

—Puede auscultarme sin estetoscopio; será mejor y mucho más seguro.

—No lo crea. Pase luego por el consultorio. Allí, el doctor Zasboriev tiene el electrocardiógrafo y dará un resultado más exacto.

La anciana se molestó y replicó irritada:

—Es usted muy poco amable, doctorzuelo.

Movió una palanca y la silla, pesada en exceso, sobre la hierba húmeda escapó de las manos de Lilian, pues tenía acumuladores y un motor eléctrico.

—La vieja tiene mal genio —comentó Lilian al quedar solos.

—Creo que tendré que acostumbrarme yo también a la insolencia de estos ancianos millonarios.

Vyland echó a andar y Lilian le siguió, hundiendo sus zapatos en el húmedo y mullido césped. El cielo seguía gris oscuro. Allí no parecía salir el sol jamás; quizá aquél era el secreto de tanto verdor como se metía en los ojos de quienes habitaban en la siniestra residencia

—Son extraños estos viejos. No es que haya tenido una experiencia clínica sobre las neurosis seniles, pero creo que éstos son distintos, muy escogidos.

Lilian Custer sonrió. Le agradaba pasear junto a Frank. Cerca de él se borraba la sensación de inquietud y desasosiego que la había calado hasta los huesos nada más entrar en la residencia.

—Sí, ya se habrá dado cuenta de que el doctor Zasboriev es muy extraño y exclusivista, doctor Vyland.

—Por favor, Lilian, al menos a solas, llámame Frank.

Ella le devolvió una sonrisa de agradecimiento. Más que un tuteo, en aquella forma Frank Vyland le brindaba amistad y en aquel lugar tan extraño que, como había precisado el doctor Zasboriev, era la antesala de la muerte, una amistad era de agradecer. Por ello, no dudó un instante en aceptarla para que no se le escapase.

—Como quieras, Frank. —Hizo una pausa, se miró las puntas de sus zapatos cerrados que estaban mojadas—. ¿Cómo ha ido la presentación del cadáver a sus parientes?

—Bien, muy bien, demasiado bien.

—¿Quieres decir algo con ello?

—La verdad, todo esto es extraño. Ya sé que una residencia geriátrica es la antesala de la muerte, pero aquí hay algo raro, algo que se palpa en el ambiente. Hay una extraña aceptación por parte de los pacientes y a la vez, desesperación. Por otra parte, el doctor

Zasboriev obtiene pingües beneficios con la estancia de los ancianos millonarios en esta residencia.

—¿Quieres decir que se hace rico a costa de los viejos moribundos?

—El doctor Zasboriev ha encontrado en esta residencia su piedra filosofal, pero hay más, mucho más.

—¿El qué?

—Lo ignoro, es algo que se me escapa, que todavía no comprendo. Los herederos de los viejos que aquí fallecen acuden pronto, como buitres avisados para el festín y el doctor Zasboriev se lleva una buena tajada. Hay que aceptar que mantener una residencia lujosa como ésta, en algunos aspectos moderna y en otros arcaica, cuesta mucho dinero.

—¿Crees que abusa con sus facturas?

—No me cabe la menor duda, pero lo hace con una seguridad aplastante, como el que tiene todas las de ganar, como si jugara al póquer y tuviera repóquer en sus manos.

—Sí, pero eso no es de extrañar. Muchos hombres, en su misma posición, hacen negocio con la enfermedad del prójimo. El caso de hombres como supones es el doctor Zasboriev, no es raro, aunque, naturalmente, abunden más los médicos íntegros y absorbidos por su entrega a la medicina. De lo contrario, tú no te habrías hecho médico, ¿no es cierto?

—Tienes razón, por ello me caen peor los que abusan de la medicina para enriquecerse, aunque he de admitir que en el caso de los viejos, es algo distinto. El dinero se quita a los herederos que quizá no han merecido jamás heredar nada, pero no es eso lo que realmente me preocupa.

—Te veo muy intrigado.

Andando, se habían introducido en un camino flanqueado por esbeltos álamos que ensombrecían más el lugar. El suelo era de tierra, sin hierba, y debían de haber echado algún matahierbas de arsénico para que allí no creciera, a juzgar por lo limpio que se conservaba.

—Lo que no me explico es por qué esos viejos millonarios acuden a esta residencia concretamente.

Lilian volvió la cabeza hacia él con expresión perpleja.

—Supongo que porque esta residencia ha cogido fama entre el mundillo exclusivista de los millonarios viejos y achacosos que se ven a las puertas de la muerte.

—Pero, fama, ¿por qué fama? —Permaneció unos segundos en silencio y luego añadió—: Claro que si dice que algunos de sus pacientes se marchan de aquí muy rejuvenecidos y que la proporción de muertos, comparada con otras clínicas geriátricas, es mínima, habrá que pensar que su fama está justificada.

—Sí, pero tú continúas pensando que hay algo raro que no te gusta. ¿No es cierto?

—Así es.

—Pues, no se lo digas al doctor Zasboriev si no quieres perder tu empleo de entrada. Después de todo, hay que admitir que paga un buen salario y a los que hemos recién obtenido el título como tú en medicina o como yo de enfermera, en otros centros apenas nos dan para sobrevivir.

—Sí, pero me gustaría saber si con ese salario el doctor Zasboriev no piensa pagar algo más.

—¿Qué más?

—Quizá nuestro silencio.

—¿Sobre qué?

—Cuando lo sepa ya te lo diré y espero que tú hagas lo propio si llega el caso.

—Prometido. —Prolongó su mirada hacia delante y preguntó sorprendida—: ¿Qué es aquello?

—¡Diablos! —exclamó el joven, rebelde e íntegro doctor Vyland.

CAPITULO V

Al final de la alameda se alzaba una especie de capilla o panteón.

La piedra en que estaba edificado era negra y resultaba difícil atribuirle un estilo arquitectónico determinado. Era una edificación pétrea que, por algunas de sus formas, de sus soportes y salientes, podía ser egipcia y por su techumbre, escandinava.

La puerta de entrada era casi ojival, con gruesos barrotes de bronce formando cuadrados.

—¿Qué crees que puede ser, acaso una especie de templete o panteón, al que acude el doctor Zasboriev?

—No lo sé y estoy tan intrigado como tú. Será interesante averiguar qué clase de religión profesa el doctor Zasboriev, quizá se haya inventado una para él mismo.

—No me gusta, Frank. —Lilian se detuvo—. Me da cierto recelo acercarme ahí.

El la cogió por la mano y ella dejó que su diestra quedara entre las varoniles. Agradeció aquel contacto dentro del camino en penumbra, bajo la alameda que con su alto follaje cubría el gris del cielo.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, Frank, ahora soy yo quien tiene preocupaciones. Es una sensación rara, no sé cómo explicarla.

—¿Acaso temes que haya alguien ahí dentro?

—Es posible que sea eso. Quizá es que me da la sensación de que algo vivo y extraño nos está observando ahí dentro.

—Si nos acercamos, lo averiguaremos. Por otra parte, hay una reja que cierra la entrada. Si hay algo vivo dentro, no podrá salir.

—Tengo miedo, ya ves que soy sincera, creo que eso no se lo había dicho antes a nadie.

—¿Quieres que te lleve a la residencia y luego vuelva yo solo para averiguar qué es esta especie de templete negro?

—¿Tú solo? —Dudó—. Mejor te acompaño, pero no nos entretengamos mucho rato.

Escucharon un ronquido que sobresaltó ligeramente a Lilian que ya se hallaba en tensión.

—No temas, es el ruido del motor del furgón, seguramente ya se llevan al cadáver en el doble ataúd donde lo han encerrado para hacer el viaje hacia su última morada.

Al fin, decidieron acercarse. Era indudable que aquella pequeña edificación de piedra negra inspiraba inquietud,

Frank Vyland llevaba a Lilian cogida de la mano. Ambos vestían sus respectivas batas de trabajo y formaban una pareja envidiable para viejos y viejas resentidos por querer sacar de la vida más de lo

que ésta parecía haberles dado ya.

La prueba era cómo le había agarrado la mano a Lilian aquel moribundo antes de expirar y también cómo la vieja de la silla de ruedas había tratado de tener muy cerca el rostro del joven doctor Vyland. Y al no conseguirlo, airada, se había alejado farfullando posiblemente obscenidades, aprendidas a decir siempre en voz baja.

—Mira, Frank, eso parece un lobo.

—Sí, un lobo, pero de piedra. Guarda un lado de la entrada del templo, al estilo de Anubis, el celoso guardián de los templos egipcios.

—Y al otro lado, una serpiente enroscada, con la cabeza y parte de la cola alzada en forma amenazadora.

—Sí, ya veo, y esculpida en el mismo tipo de piedra negra, una piedra que no he visto por los alrededores.

—Mira, arriba, sobre el dintel de la puerta.

—Es un pez, parece un salmón.

—En el arco de entrada que da paso a los jardines de la residencia hay otro salmón como ése.

—Ya me fijé, se pudo ver muy claro gracias a los focos del furgón. Parece el símbolo base de esta residencia.

—¿Un salmón, qué significará?

—Lo ignoro. Quizá pertenezca a algún blasón o título nobiliario del propio doctor Zasboriev. También podría ser que cuando él compró esta residencia, posiblemente una antigua mansión nobiliaria, ya lo tuviera. No hay que olvidar que esta mansión tiene muchos años y acaso el doctor Zasboriev la ha comprado en lugar de heredarla.

—Es cierto. Quién sabe cuánto tiempo hará que vive aquí el doctor Zasboriev.

Frank miró directamente a la joven para preguntarle:

—¿Qué edad le calculas al doctor Zasboriev?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Bueno, es que a veces uno puede estar equivocado. Los ojos de una mujer creo que son buenos para valorar la edad de un hombre.

Lilian se encogió de hombros.

—No sé, veintiocho, treinta, quizá treinta y dos. ¿Por qué?

Frank Vyland recordó las palabras del doctor McPothers, aquel campechano y nada sagaz médico rural y quedó pensativo.

Quizá sólo fueran chocherías del viejo doctor McPothers, lo cierto era que las cifras cronológicas no encajaban y él, particularmente, no creía que nadie hubiera encontrado todavía la fuente del agua de la juventud y la vida que tanto buscaron los españoles en América, durante su colonización.

—No, por nada —dijo sin desear meter la intranquilidad en el ánimo de su compañera—. Veamos qué hay dentro, aunque la puerta

de rejas nos impide la entrada.

Pasaron entre los pétreos y, al parecer, míticos animales, aproximándose a la reja. El día, por lo nublado, era muy oscuro y más allí, donde abundaban los árboles de tupido follaje.

Después, estaba el interior de aquella especie de cripta, para ellos de indefinida utilización teórica o práctica.

—Apenas se ve —dijo Lilian, cogiéndose a las rejas y tratando de escrutar el interior.

—Parece que frente a nosotros hay una especie de altar de granito.

—Sí, y encima de él hay una de esas tumbas góticas antiguas donde se guardaban los restos, es decir, los huesos.

—Sí, pero ésa es más pequeña y no gótica.

—¿Qué crees que será, acaso una tumba de algún ascendiente del doctor Zasboriev, será su panteón familiar?

—No hay más que un osario. Si fuera un panteón familiar, a derecha e izquierda habría féretros, de madera o de piedra, pero habría más.

—Es cierto, pero si es como un templete, ¿a qué religión pertenecerá?

—¿Has visto algún crucifijo en toda la residencia?

—No.

—Ni ninguna otra señal de religión conocida, ¿verdad?

—No —denegó Lilian de nuevo, pensativa.

—Puede que nuestro patrón tenga una religión muy particular.

Frank Vyland introdujo una mano y parte del brazo por entre uno de los agujeros de las rejas.

—¿Qué vas a hacer?

—Encender el mechero. Puede que así veamos un poco más.

Pulsó el resorte del encendedor y apareció la llama brillante, algo azulada.

Frank S. Vyland manipuló en el encendedor con el dedo pulgar de la misma mano que lo sostenía y la llama se hizo mucho más grande.

Trataron de habituar sus ojos a las circunstancias para conseguir ver el máximo. En el suelo había una especie de gran losa, de algo más de dos yardas por una y colocada frente a lo que se podía llamar altar.

La losa era una composición altamente artística, trabajada con diversos tipos de piedras marmóreas. Predominaba el color azul que formaba el fondo y sobre él, incrustado con tal perfección que más semejaba pintado sobre la losa, había un salmón también marmóreo.

El compuesto formaba una masa compacta y pulida. Allí se veía bien el símbolo del salmón, predominante sobre un fondo azul que debía de significar el agua.

—Es muy bonito, ¿verdad? —opinó Frank.

—Sí, es bonito, pero ese ojo que se le ve, me produce inquietud, no me gusta —se sinceró Lilian mientras apartaba la vista de él como temiendo que aquel salmón pudiera obsesionarla de tal forma que la obligara a seguirle mirando.

En las paredes había varios antorcheros con antorchas apagadas, pero que podían ser prendidas. Parecía obvio que allí no había luz eléctrica, pero existían demasiados rincones oscuros, poco visibles, y lo que no vieron y mucho menos Lilian, pues de lo contrario se hubiera echado atrás, fue el avance silencioso de un reptil negro, ondulante, metiéndose entre los barrotes de hierro, mimetizándose con ellos.

La serpiente salió de aquella especie de cripta justo a ras de las bellas y bien torneadas piernas de la joven enfermera.

De pronto, se enroscó en una de ellas. La cola de la serpiente apareció por otro de los agujeros, atrapando la otra pierna, aprisionándolas ambas contra las rejas.

Al notar aquella súbita y desagradable presión, Lilian retrocedió, mas se dio cuenta de que no podía. De no agarrarse con las manos a los barrotes de hierro, habría caído hacia atrás, sentada pero con las piernas sujetas a los barrotes por aquel dogal viviente.

—¡Frank! ¡Mis piernas!

—¡Quieta, es una serpiente!

De pronto, una figura avanzó hacia ellos enarbolando algo. Sus ojos se movían casi enloquecidos tras las gafas.

—¡Foster!

Frank lo reconoció en el acto. Lilian, demasiado asustada, sólo vio que un ser humano se abalanzaba prácticamente sobre ella y luego sintió unos golpes en las piernas.

Foster, psicopáticamente, babeando incluso, golpeó con una vara fina y flexible de fresno hasta partir el cuerpo del reptil que tuvo que soltar a su presa.

Lilian, al verse libre, se apartó corriendo con las piernas manchadas de la sangre del ofidio de color negro y de una pulgada más o menos de diámetro.

Frank corrió hacia ella. La cogió entre sus brazos y estalló la crisis nerviosa de la joven que se entregó a un convulsivo sollozo.

—Vamos, vamos, todo ha pasado, sólo era una serpiente.

Luke Foster, tartajeando, ya más calmado pero aún con la respiración incontrolada y el rostro enrojecido, con la vara de fresno manchada de sangre en sus manos, dijo insistente:

—Asesinas, son asesinas, asesinas…

Frank Vyland le miró y preguntó:

—¿Asesinas, quiere decir que hay más por aquí?

—Sí, sí, hay más y están adentro. Las hay de todos los tamaños.

Yo, siempre que no me ven, vigilo por aquí y si veo una, la mato.

—¿Y ahora, nos estaba vigilando a nosotros?

—Les he visto acercarse a la cripta de las ceremonias y he pensado que podía salirles una de esas repugnantes y asesinas serpientes.

—¡Frank, Frank, quiero marcharme de aquí!

—En seguida, Lilian, pero no temas, ya todo ha pasado. No te ha mordido, ¿verdad? —inquirió mirándole las piernas.

—No, creo que sólo me ha sujetado.

—No son venenosas. —De pronto, el enfermero Foster se echó a reír casi como un demente—. Son constrictoras.

—¿Contri… qué? —preguntó Lilian conteniendo sus sollozos.

—Que sujetan a la presa y le rompen los huesos o la asfixian hasta matarla. Las de su especie sólo se comen a bichos pequeños, ratas, conejos, algún gato y hasta puede que consigan acabar con algún perro para luego intentar comérselo, pero ellas sólo devoran lo que pasa entero por sus bocas que desencajan al comer, claro que estrujan a su víctima hasta ablandarla.

—Entonces, este tipo de serpiente no es peligrosa para el hombre —replicó Frank Vyland, más para que lo escuchara Lilian y se calmara que para su propia tranquilidad.

—Son asesinas, asesinas. Yo lo sé bien, son asesinas…

Y tal como había llegado, desapareció corriendo entre la arboleda que parecía conocer muy bien.

—Frank, ¿qué significa todo esto?

—Pues, supongo que nada importante. En todas las construcciones abandonadas o semiabandonadas se crían alimañas. Aquí, por lo visto, se da el caso favorable de la reproducción de esta especie de serpientes, y digo favorable por ellas mismas.

—Foster ha dicho que son asesinas. Él lleva tiempo aquí y quizá sepa algo, algo repugnante y desagradable sobre esas serpientes.

Frank comprendió que iban a ser inútiles todas las explicaciones que tratase de dar a Lilian en aquellos momentos. Estaba asustada todavía y las manchas de sangre en sus piernas, aparte de los golpes recibidos en ellas, pues Foster semejaba enloquecido de odio matando al negro ofidio, impediría que razonara.

Sin embargo, había algo más importante y ello era que él mismo también estaba preocupado.

Luke Foster había hablado de las ceremonias de aquella cripta. ¿Cómo se podían celebrar ceremonias en un recinto repleto de serpientes, asesinas según el propio Foster?

¿Qué significaba aquel salmón grabado en piedra? ¿Qué representaban los animales que guardaban la entrada del templo negro?

Tomó a Lilian por los hombros y la empujó suavemente,

apretándola contra sí, lo que ella aceptó de buen grado mientras iniciaban el regreso al edificio de la residencia. El extraño Luke Foster había desaparecido como tragado por la tierra.

CAPITULO VI

Frank S. Vyland abandonaba la salita del consultorio, lugar donde el doctor Zasboriev sometía a chequeos a los viejos acogidos en su residencia, ya que no quería que se le llamara clínica, sino simplemente asilo de ancianos, con la designación más bonita y moderna de Residencia Geriátrica, cuando le salió al paso Sandra.

Frank la miró al rostro, hermoso en su madurez. Quería demostrarle que ni la temía ni sentía influencia por ella. Se preguntó si Sandra tendría algún estudio de medicina, si simplemente era un ama de llaves o bien una amiga de Zasboriev que aceptaba cuanto él pudiera demandarle, mas era algo difícil de averiguar y nada ético preguntarlo a boca de jarro.

—Me han dicho que piensa bajar esta tarde a Moon Hill.

—Ah, sí —respondió lacónico.

Estaba seguro de que no le convenía alargar conversaciones con aquella mujer madura y absorbente, física y psicológicamente.

—Me lo ha dicho Wender, el chófer. Él tiene que bajar a por suministros y usted le ha pedido que le llevara.

—Es que no tengo coche particular. ¿No se había dado cuenta?

—Es muy irónico, doctor Vyland. Ya sé que no tiene coche, pero con la excelente paga que le va a proporcionar el trabajar a las órdenes del doctor Zasboriev, se podrá comprar uno y último modelo.

—Eso espero. Los tragos ingratos deben de estar siempre bien cotizados.

—¿Estima que trabajar en la Residencia Loki es ingrato?

La pregunta era abierta y directa, casi como un disparo. Responderla podía ser hasta peligroso si aquella mujer poseía lengua viperina.

—Para un médico que desea ampliar estudios, hallarse lejos de los grandes centros donde se aprende mucho, siempre resulta ingrato.

—Ya, el joven médico quiere aprender mucho, en el futuro anhela ser un hombre importante y famoso.

—Quiero ser un buen médico en el que la gente pueda confiar y eso sólo se consigue aprendiendo y demostrando hechos, no presentando facturas importantes.

—Es que las facturas importantes van unidas a los excelentes resultados.

—No siempre.

—Bueno, en algo siempre se puede estar en desacuerdo —admitió Sandra, tratando de limar un diálogo que tomaba unos tonos ásperos que no deseaba.

—Bien. ¿Hay alguna cervecería o punto importante en Moon Hill

que yo deba de ver?

—Me agradaría acompañarle personalmente.

—Prefiero ir solo.

—¿Solo o con la señorita Custer?

—Que yo sepa, ella no va a bajar a la ciudad.

—Sí, creo que se encuentra algo indispuesta.

—El clima aquí es duro —observó Frank para no darle explicaciones sobre el desagradable hecho ocurrido en la cripta.

—Yo quería que supiera que cuando conozca mejor al doctor Zasboriev se dará cuenta de que aprenderá muchas más cosas de las que saben en los centros médicos.

—No será cirugía. Apenas hay un pequeño dispensario para salir adelante con una apendicitis.

—Es cierto, cirugía no, sólo opera si es imprescindible. Los viejos no vienen a Loki a operarse.

—Ya me he dado cuenta.

—Quieren vivir, eso es lo que les trae aquí.

—Pero, algunos mueren.

—Todos hemos de morir.

—Lo admito y no culpo al doctor Zasboriev, sino más bien he de felicitarle por los éxitos que obtiene.

—Bueno es que vaya admirando al maestro. Aprenderá mucho de él. Ya sé que tiene una forma muy particular de llevar la medicina y que incluso algunos colegas, han tratado de desprestigiarle.

—Sí, esas cosas ocurren.

—El doctor Zasboriev tiene una aleación de medicina antigua, casi entroncada con la alquimia, una medicina moderna, vanguardista y una medicina oriental.

—¿La oriental también?

—Sí. Estuvo un tiempo en el Manchi Chang Institute, del Tíbet. Conoce muy bien la medicina a través de la mano, también la acupuntura china y en Katmandú se perfeccionó en la medicina oriental sin abandonar, por supuesto, las otras medicinas. Por eso, a alguien que salga de la facultad, pueden sorprenderle sus métodos de terapia, los medicamentos que él mismo elabora y cuyas fórmulas guarda para sí.

—Será muy interesante aprender del doctor Zasboriev todas esas cosas, siempre que consiga descifrarlas, ya que las mantiene tan en secreto.

—Es lógico que no las divulgue. Lo que él hace no está al alcance de todo el mundo y es natural que sólo unos pocos privilegiados que puedan pagarlo se beneficien de ello.

—No es ésa la forma en que yo concibo la medicina.

—Usted parece listo; podrá aprender mucho simplemente

observando y no haciendo preguntas indiscretas.

—Pues, una de las preguntas que haría es cómo pareciendo tan joven el doctor Zasboriev ha aprendido tantas cosas. No ha tenido tiempo material para ello.

Sandra palideció ligeramente.

De súbito, se escuchó un horripilante grito y ambos miraron hacia el fondo del corredor.

—Creo que es la diecisiete otra vez.

—No es necesario que vaya usted, yo la atenderé —dijo Sandra.

—El ayudante del doctor Zasboriev soy yo y no usted —replicó, puntualizando posiciones.

Sandra se mordió los labios y le siguió rápidamente, mirando a un lado y a otro como si esperara ver salir de un momento a otro al doctor Zasboriev.

Llegaron frente a la habitación diecisiete sin que nadie les entorpeciera el paso. Sandra quiso interponerse entre la puerta y el joven doctor, pero éste, dándose cuenta de la maniobra, se lo impidió y sin rozarla siquiera, abrió la puerta y se introdujo en la estancia.

La vieja que viera a su llegada estaba medio incorporada en la cama.

Jadeaba como un pez viejo y achacoso, arrancado brutalmente de las aguas, y que fuera de su ambiente se asfixiaba.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Sandra, acercándosele rápidamente.

Vacilando, la vieja habló.

—Dígale, dígale que ya lo he superado, que estoy dispuesta...

—¿Para qué, para qué es lo que está dispuesta?

—Esa pregunta no le concierne a usted, doctor Vyland —advirtió la voz del doctor Zasboriev.

Al volver sus rostros hacia la puerta, lo vieron allí, estirado y enigmático.

A Frank le produjo la extraña sensación de que era viejo, muy viejo, pese a su aspecto juvenil. Le había observado de cerca, buscando cicatrices disimuladas de cirugía estética y no las había descubierto.

Su rostro era joven, su cuerpo ágil. Era algo que había en el fondo de sus ojos oscuros lo que daba la impresión de que era viejo, demasiado viejo.

Con tono casi lastimero, mirándole a los ojos como hipnotizada, la anciana repitió:

—Estoy dispuesta.

—Sabía que al final tomaría la decisión acertada. —Desvió su mirada hacia Vyland y le ordenó tajante, pero sin alzar la voz—: Puede marcharse y tú, Sandra, también.

A Vyland le molestó que le echaran de la habitación. Aquélla no era la forma idónea para aprender. ¿A qué estaría dispuesta aquella vieja medio moribunda que parecía ir a expirar de un instante a otro?

Frank S. Vyland lo ignoraba, quizá fuera a un tratamiento especial con aquella mezcla de técnicas, y ciencias de Oriente y Occidente, del pasado y casi del futuro.

—Podría quedarme para ayudarle.

—Cuando pueda ayudarme ya se lo diré yo mismo, doctor Vyland. ¿Por qué cree si no que le he contratado? —La seca respuesta no admitía réplica.

Frank se apartó de la vieja y salió de la estancia. Sandra le siguió y ya en el corredor, aislados por la puerta de madera, Sandra le cogió por el brazo y dijo:

—No se lo tome como algo personal, es que hay sesiones del doctor Zasboriev que las hace a solas, son parte de su sistema. Ya sabe, los psiquiatras hacen lo mismo, es una de las reglas de Sigmund Freud: "El psicólogo y el paciente han de estar completamente a solas".

—Me hubiera gustado saber para qué está dispuesta.

—Puede que para un tratamiento especial. El doctor Zasboriev ya se lo advirtió el primer día, no va a poner en sus manos sus más preciosos secretos.

—Bien, habré de aceptar las normas del centro, no me queda otro remedio hasta que llegue el día en que decida marcharme por mi cuenta.

—No haga eso, no sea tonto. Aquí puede aprender mucho y ganar mucho también. —Entornó los párpados, sin dejar de mirarle y agregó —: Podré ayudarle, le ayudaré mucho. Bastará una leve y corta llamada por la línea interna y me olvidaré de poner el cerrojillo en mi puerta. Sólo tiene que marcar el cero tres y mi oído y todos mis sentidos le estarán escuchando y esperando.

Frank pensó que le iba a resultar difícil sacarse a aquella mujer de encima y él estaba interesado en Lilian.

Entre ambos había mucho más que la simple relación de médico y enfermera. Estaba la llegada juntos al centro geriátrico; la mutua dificultad en terminar sus estudios, la ausencia de lazos familiares, en lo que al parecer también coincidía Luke Foster.

Se apartó de Sandra sin decirle nada. A ella, esto le pareció bastante. Lo que le hubiera gustado menos habría sido recibir una negativa a su propuesta.

Vyland se dirigió a su habitación sin quitarse de la cabeza a Luke Foster. Aquel enfermero, de aspecto mórbido, le preocupaba. Su obsesión por las serpientes, su forma de atacarlas y las palabras que pronunciara, eran inquietantes.

Al pasar frente a la puerta de la alcoba de Foster, llamó. Como primera respuesta obtuvo el silencio. Insistió; la puerta estaba cerrada por dentro.

—¿Quién es? —contestaron al fin.

—Soy Vyland.

—¡Márchese!

—Foster, ¿se siente bien?

—¡Márchese, márchese! —repitió entre apremiante y disgustado.

Frank se encogió de hombros.

Aquel sujeto debía de tener problemas psicológicos, posiblemente incubados en el orfelinato donde lo habían abandonado sus padres.

Luego, había salido deficiente físicamente y tenía problemas con el habla. Todo ello unido, le empujaba a las frustraciones.

Le hubiera gustado charlar con él, pero, por lo visto, no era aquél el momento más adecuado.

Frank Vyland se daba cuenta de la gran curiosidad que le comenzaba a espolear. Había allí muchas cosas extrañas y lo de menos era que el doctor Zasboriev cobrara minutas altísimas por la estancia de los viejos millonarios en la residencia.

Allí había problemas, problemas muy profundos y que él trataría de averiguar.

Mas, tenía que comenzar por el principio. Debía descifrar ciertos enigmas que ya se le habían planteado y cuya solución no parecía factible dentro de la lógica.

Se alejó despacio de la habitación de Foster. Tenía que cambiarse. Wender ya estaría preparando aquel furgón que lo mismo servía para llevar comida que cadáveres y pensaba irse con él.

CAPITULO VII

La biblioteca de Moon Hill era pequeña. Consistía en una única sala con cinco largas mesas en las que había lámparas, conectables a voluntad del que quedara junto a una de ellas.

La bibliotecaria era una mujer de aspecto bonachón, cara redonda y gruesos cristales en sus gafas.

Cuando Frank Vyland se identificó como médico interno de la Residencia Geriátrica Loki, le sonrió fríamente, pero se mostró atenta con él, proporcionándole los libros que pidió.

La primera sorpresa que se llevó Frank fue descubrir que en las enciclopedias faltaba sistemáticamente la hoja en la que debía de constar la palabra "Loki", con la explicación de su significado. Aquello le dejó un tanto perplejo.

Para no llamar excesivamente la atención de la bibliotecaria no le dijo nada al respecto y buscó en otros libros. Tampoco encontró nada sobre el nombre Zasboriev y se arriesgó.

—Verá, estaba buscando unos datos para hacer una tesina.

—Si puedo ayudarle.

—No he encontrado nada sobre la familia Zasboriev.

—La familia Zasboriev siempre ha sido muy notable, pero ha preferido pasar desapercibida. —Bajó la voz. Miró hacia la puerta, como temiendo ser sorprendida y agregó—: Hay quien dice que pertenecen a la orden de los Templarios, otros a los Herméticos o quizá a los Rosacruces.

—Alguna forma habrá de saber algo cierto, ¿no cree?

—Sólo le puedo decir que mis datos no llegan más allá del mil ochocientos cuarenta, más o menos, cuando un Zasboriev se instaló en Moon Hill e hizo construir la residencia que hoy puede ocupar usted.

—De modo que es del mil ochocientos cuarenta. ¿Y cómo se ha ido sucediendo la familia Zasboriev?

—No se sabe nada al respecto. De cuando en cuando, el propietario continuador de la dinastía se marcha al extranjero cerrando la residencia durante un tiempo. Luego, regresa. Se dice que se casa en el extranjero y que los hijos primogénitos, que en esta familia deben de parecerse extraordinariamente a sus progenitores, pues no hay forma de saber cuándo se habla con el hijo o con el padre, se educan en Suiza o en alguna otra parte que él no quiere revelar.

—¿Y dice que se parecen mucho? ¿Acaso puesto el uno al lado del otro es difícil distinguirlos?

—No, no digo eso, es confundirlos por la calle. Nunca se les ha

visto juntos, es algo raro, pero los Zasboriev son así.

—Sí, son así. El doctor es muy competente. ¿Es el último de la dinastía?

—Que se sepa, sí, pero él viene poco por aquí. Ya sabrá que posee una excelente biblioteca en la propia residencia.

—Claro —admitió Frank, pese a que no había visto la biblioteca. Quizá por alguna razón se la habían ocultado.

Pensativo, abandonó la biblioteca.

Los enigmas, en vez de clarificarse, se hacían más oscuros y aumentaban. Tenía unas sospechas, pero resultaban tan absurdas que se negaba a confesárselas a sí mismo.

Fue a visitar al doctor McPothers.

Lo encontró en su casa, en compañía del alcalde de la población. Allí había un perro también; era un pastor escocés de largo pelaje y mirada inteligente. Por su tamaño, tendría ya algo más de un año.

—Hola, doctor Vyland, le presento a nuestro alcalde, el señor Donald, que por cierto está molesto hoy. El ferrocarril no pasará durante dos días por una avería y él quería marcharse a cazar.

Se estrecharon la mano. Frank Vyland captó que el alcalde, un hombre de mediana estatura, tosco, de rostro enjuto, le miraba con recelo.

—Conque un doctor ayudante del doctor Zasboriev, ¿eh?

—Pues, sí, ése es mi empleo.

—Debería de ser muy famosa esa residencia, con tanto millonario viejo dentro; sin embargo, nadie quiere ni nombrarla, está como maldita.

—Por favor, señor Donald —le reconvino el médico rural.

—Si las gentes de Moon Hill tienen alguna animosidad contra la residencia, le prometo que me gustaría enterarme de su causa para intentar limar asperezas. Cuidar a los ancianos no es nada maldito, que yo sepa.

—Se comenta que pasan cosas muy raras en ese lugar.

—¿Qué cosas? —preguntó Frank abiertamente.

—No sabría explicarle.

McPothers intervino:

—Cosas de campesinos, que cuando le cogen manía a una familia, a una casa o algo por el estilo, son terribles. Allí hay viejos y, lógicamente, salen ataúdes, pero los lugareños son muy supersticiosos.

—No son supersticiones que en ocasiones hayan aparecido en Moon Hill algunas personas estranguladas y jamás se encontrara al asesino.

—Eso que usted dice es una acusación muy fuerte, señor Donald —le reprendió McPothers, tratando de ser amigable y no enfadarse.

—Oiga, doctor como se llame, nunca se ha encontrado el dogal con el que han estrangulado a las víctimas, pero han aparecido muertas y no ha habido forma de hallar al asesino.

—Siempre puede ser un forastero de paso. Hay locos que...

—Los locos están encerrados en residencias como esa "Loki", doctor McPothers, y usted lo sabe. Además, ese tipo de crímenes se han venido sucediendo a lo largo de muchos años.

—Muy de tarde en tarde —puntualizó el viejo médico, siempre sin enfadarse.

—Lo cierto es que han habido asesinatos por estrangulamiento y siempre de la misma forma según ha dicho la policía. ¿No le parece muy raro?

—¿Y qué huellas ha dejado el asesino, en los cuellos de las víctimas? —inquirió Vyland interesado.

—Una mancha oscura y ancha, alrededor de todo el cuello.

—¿Sin restos de cáñamo, lino o algo que delate el tipo de soga?

—En absoluto, nada de huellas. Es algo que oprime el cuello en forma circular.

—En ocasiones, un tanto espiral —puntualizó el doctor McPothers, dándole en parte la razón y agregando, para cortar aquel diálogo—: Precisamente, el señor Donald quería regalarme este perro para que me cuide cuando salga por ahí, pero yo no me entiendo muy bien con los chuchos. Soy viejo y me cuesta cuidarlos, y un animal que no se cuida no se puede tener.

Frank Vyland, inconscientemente, había bajado su mano y el animal se le acercó, restregando su cabeza contra ella.

—Parece que a usted le gustan los animales —observó el alcalde.

—La verdad, nunca he tenido un perro ni posibilidad de tenerlo.

—¿Y por qué no ahora? En vez de dármelo a mí, señor Donald, regáleselo al doctor Vyland.

—Bueno, es que trabajando en la residencia, no sé si puedo.

—Yo tengo a los padres de este animal y a un hermano; le aseguro que había elegido a éste como al mejor de los hijos para regalárselo al doctor McPothers. Son perros de pura raza. Aguantan bien el agua, el frío, la nieve y son buenos rastreadores y guardianes.

Frank pensó en Lilian y en el miedo que había pasado la joven con las serpientes.

Se dijo que un animal como aquél podía descubrir prontamente una de aquellas serpientes constrictoras que, no siendo venenosas, serían atacadas fácilmente por el pastor alsaciano, y se decidió.

—Por mi gusto me lo llevaría, pero no sé qué puede opinar el doctor Zasboriev.

—No le diga nada. Puede tener al animal suelto, cerca del garaje. Si se lo descubren, siempre puede decir que le hará compañía cuando

de paseos por el campo en sus horas libres —le sugirió el doctor McPothers.

—Está bien, me lo quedo, pero si me exigen sacarlo de la residencia, tendré que devolvérselo, señor Donald, y muy a pesar mío. El perro me gusta y parece que se entiende conmigo.

—Sí, eso creo yo también y le diré una cosa, es la primera persona procedente de la Residencia Loki que me cae bien. La verdad es que hubo un tiempo en que...

—¿Qué?

—Por favor, señor Donald —rezongó de nuevo el médico rural.

—Díganme lo que sea —pidió Frank.

—Trataron de quemar la residencia con todos los que habían dentro.

—¿Residentes incluidos? —se asombró Frank.

—Sí, con ellos incluidos.

Ante la sequedad del alcalde, Frank insistió:

—¿Por qué?

—Por lo que sucedía, pero la gente que va a esa residencia es rica y vino policía de la capital a protegerla. En fin, todo quedó en quejas y odios más o menos ocultos. Le aseguro que son muchos los que al pasar ante el camino que conduce a la residencia escupen y maldicen aunque no les haya de oír nadie.

—Parece que he ido a parar a un centro que no inspira simpatía precisamente. Por cierto, ¿desde cuándo es residencia para ancianos millonarios?

—Desde que yo tengo uso de razón funciona como tal.

—¿Y cómo era el padre del actual doctor Zasboriev?

Había mucha intención en la pregunta de Frank S. Vyland.

—Tome, el perro es suyo. Llámele "Odín".

—¿"Odín", por qué?

—Se me ocurrió darle ese nombre. ¿He de buscar una explicación?

—Oh, no, señor Donald. Usted me regala el perro y si ya tiene nombre, no seré yo quien se lo cambie y más intuyendo que ese nombre tiene alguna motivación.

—Quizá algún día se la cuente —repuso el alcalde de Moon Hill.

Minutos más tarde, Wender miraba receloso al perro y mientras Frank lo introducía en el furgón, le preguntó:

—¿Adónde va con ese animal?

—Es mío, me lo han regalado. Supongo que no tendré que darle explicaciones a usted, Wender.

—A mí, no, pero es posible que sí al doctor Zasboriev. No le gustan los perros. Dice que asustan a los viejos y algunos hasta aúllan por la noche.

—Tampoco me gustan a mí las serpientes y al parecer hay

bastantes en la residencia.

—Sí, hay bastantes —refunfuñó el chófer.

Se volvió, hizo un saludo con la mano a una mujer, no joven pero sí de mejor aspecto que la señora Flanagan, y arrancó el motor para ponerse en marcha de regreso a la residencia.

CAPITULO VIII

—¿Has visto a Luke Foster? —preguntó Frank a Lilian durante el desayuno, al ver que no estaba allí el enfermero.

Otra persona les había escuchado y respondió entrando en la salita.

—Se ha marchado.

Frank Vyland miró a Sandra e inquirió:

—¿Sin despedirse?

—Al parecer no se sentía muy a gusto aquí. No todos soportamos bien el aislamiento de la ciudad grande —explicó Sandra tomando asiento.

—Pero, ¿cuándo se ha marchado? —insistió Frank, recordando que en la charla mantenida con el alcalde y el médico éstos habían especificado que el tren no pasaría en un par de días.

—Ayer noche o esta mañana a primera hora, la verdad es que no lo sé. Me lo ha comunicado el doctor Zasboriev. Tendremos que buscar un nuevo enfermero que lo sustituya.

—¿También expósito, sin familia? —preguntó Lilian con la taza de leche cerca de sus labios.

Ni a Frank ni a Lilian se les escapó que Sandra se puso ligeramente pálida.

—¿Por qué dice eso, señorita Custer?

—No sé, quizá por la coincidencia de que todos los empleados carecemos de familiares.

—El doctor Zasboriev es muy estricto y no desea visitas innecesarias en un centro tan exclusivo como éste. —Tomó un sorbo de café con leche de la taza que la señora Flanagan le había servido y dijo después—: Por cierto, hoy abandona el centro una de nuestras residentes.

—No lo sabía —dijo Vyland—. ¿Y quién es la afortunada?

—La señora de la habitación diecisiete.

—¿Habitación diecisiete? Si ayer estaba casi agonizando, parece increíble. ¿Es que ya no confía en el centro?

—Ya lo creo que confía, por eso se va.

Lilian preguntó entonces:

—¿Se va para morir entre los suyos?

—Todo lo contrario, para vivir entre los suyos, para atarles corto, para ser ella y no otros quienes disfruten de su fortuna.

—No lo entiendo —se sinceró Frank.

—Pues, así son las cosas. Unos se mueren y otros consiguen lo que han venido a buscar.

—Daré un vistazo a su dossier de enferma residente.

—No creo que pueda hacerlo, doctor Vyland. Cuando un paciente abandona el centro, el doctor Zasboriev archiva su expediente en la caja de caudales.

—¿Por qué tanto secreto?

A la pregunta de Lilian, el propio Frank contestó:

—Será porque teme que descubramos el secreto de sus curaciones.

—Quizá sea eso, o quizá porque para él es muy importante el secreto profesional —dijo Sandra.

—Supongo que la anciana del diecisiete se sentirá feliz por regresar con los suyos.

—No lo sabe usted bien, señorita Custer —le respondió Sandra. Clavando sus ojos en Frank, añadió—: He oído que tiene usted un perro.

—Parece que Wender tiene la boca muy abierta, porque yo no he oído ladrar ni aullar a "Odín" en toda la noche.

—¿"Odín"? —Sandra parpadeó al escuchar aquel nombre.

—Sí, así se llama el perro. ¿Ocurre algo?

—Al doctor Zasboriev no le va a gustar ese perro en la residencia.

—Considero que puedo tenerlo si está en un lugar donde no moleste a los residentes, ¿no cree?

—Yo no creo ni dejo de creer, pero me temo que el doctor Zasboriev no le permitirá tenerlo. Ha sido una equivocación de su parte el no consultar antes.

—Iré a caminar un poco. ¿Me acompaña, señorita Custer?

—Sí, Frank —respondió ella inconscientemente, lo que hizo fruncir el ceño a Sandra al comprobar la familiaridad de trato entre ambos jóvenes.

Aquella noche, la puerta de su alcoba había estado sin cerrojo, mas nadie se acercó a abrirla. Pensando que fuera otra la que se podía haber abierto, no dijo nada, pero un haz de odio inundó sus ojos al mirar a Lilian mientras se alejaba en compañía del alto, fuerte y joven Vyland.

En el salón había unas maletas dispuestas junto a uno de los sofás.

—Serán de la paciente del diecisiete —observó Lilian.

Escucharon unos ligeros pasos y vieron bajar por la escalera a una mujer alta. Su vestido, pasado de moda, no conjugaba con su aparente juventud, pero al verle la cara, tanto Vyland como Lilian quedaron perplejos.

La mujer sonrió irónica, casi sarcástica al preguntarles:

—¿Qué les sucede, es que no me recuerdan? Soy la paciente del diecisiete.

—Jamás lo hubiera sospechado —respondió Frank sincero, acercándose para verle mejor el rostro—, Y todo en tan poco tiempo.

—¿Acaso busca mis arrugas, joven doctor?

—Pues sí. Ayer las tenía.

—Es como un milagro —musitó Lilian.

—Un milagro, pero al revés —aceptó la residente que se disponía a abandonar el recinto.

—El doctor Zasboriev tendrá que enseñarme sus excepcionales terapias —dijo Frank, sin poder dar crédito a lo que veía.

—El doctor Zasboriev puede enseñarle muchas cosas, joven doctor, y yo quiero probar una, aunque sea brevemente...

—¿Y qué cosa es? —inquirió Frank.

Ella se le acercó. Alzó su mano, le cogió por la nuca y lo besó en los labios.

Lilian presenció la caricia. Vio que Vyland permanecía quieto mientras la mujer saboreaba el beso que ella misma prodigaba y sintió un ramalazo de celos.

La mujer del diecisiete se apartó de Frank. Sonriendo con los labios rojos, muy rojos, dijo:

—Es magnífico, sí, magnífico volver a ser joven. ¿Por qué no sube a mi habitación, doctor Vyland? Debo recoger algunas cosas antes de marcharme.

—¿Y por qué no se lo pide a la señorita Custer?

—Porque quiero que me acompañe usted, sólo usted.

—Pues, lo siento. Ya veo que está sana y tengo mucho que hacer.

—Aguarde —le pidió.

Abrió su bolso de mano y sacó un talonario de cheques. Escribió uno de ellos, lo arrancó y se lo entregó a Frank diciéndole:

—Ahora, suba a recoger mis últimas cosas. Tenemos un par de horas antes de que pase a buscarme mi "Rolls Royce" y seguro que nadie nos molestará.

Lilian enrojeció violentamente.

Frank Vyland vio que el cheque contenía una cifra más que sustanciosa, una cifra capaz de tentar al menos ambicioso de los jóvenes médicos. En dos años de internado, no podía ganar tanto.

Sin embargo, tomó el cheque y lo rompió en pedazos lentamente, dejándolos caer al suelo.

—Que tenga buen viaje en su "Rolls Royce", señora. Disculpe que no recuerde su nombre, soy algo olvidadizo.

—Un joven muy digno, ¿eh? Y yo que creía que todos tenemos un precio. Quizá su precio, mi joven doctor, no sea dinero sino, por ejemplo, ser director de alguna clínica médica.

Frank no respondió. Cogió a Lilian por el brazo y la empujó suavemente hacia la salida.

La mujer prorrumpió en una larga, casi demoníaca carcajada. Era sarcástica y expresaba seguridad, triunfo. Con ella, quizá quería ocultar también algo difícil de adivinar, posiblemente el precio de

aquel súbito rejuvenecimiento.

Ya fuera, en el porche, Lilian, incapaz de contener su temperamento, barbotó:

—Es una zorra, una auténtica zorra.

—Sí, eso pienso yo también.

—Pues bien que te has dejado besar por esa vieja.

—Ahora no parece precisamente una vieja y te aseguro que no besa como tal vieja. Es una mujer distinta.

—Habrás podido comprobarlo bien y a gusto, ¿verdad? —interrogó entre irónica y molesta.

—La verdad es que como se ponga ropa más moderna y juvenil, no la van a reconocer ni sus nietos. Tendrá dificultades para explicar que es ella misma. Por cierto, ¿quieres que te presente a "Odín"?

—¿"Odín", es algún paciente viejo rejuvenecido como esa zorra del diecisiete?

—No, es el perro que me regaló el alcalde de Moon Hill. Por el camino te iré explicando algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—El concepto que las gentes del pueblo tienen de esta residencia. Parece que esté maldita para ellos.

—Y no me extraña. Ocurren sucesos muy raros, ¿no crees?

—Sí, pero vamos, "Odín" te caerá bien.

—¿Y si el doctor Zasboriev te exige que lo saques de aquí?

—Pues, no sé qué haré, me estoy cansando de tantas imposiciones. Quizá abandone el lugar y termine marchando a América, dicen que allí puedo convalidar mi título de médico, o a Australia o Nueva Zelanda. Estoy harto de déspotas que tienen el poder en sus manos.

—¡Bravo, Frank! Tu gesto de romper el cheque ha sido muy elegante.

—Sí, máxime después de leer la cifra que esa mujer había escrito.

—¿Y cuánto era?

—Mejor no te lo digo. A lo peor pensarías que merezco ser internado en un sanatorio psiquiátrico.

"Odín", el perro pastor escocés, les aguardaba en el garaje, un garaje enorme en el que también había media docena de caballos pura raza que Samuelson debía de cuidar. En aquel momento, estaba llenando los pesebres de alfalfa.

—¡Hola, "Odín"! —le saludó Frank festivo—. Te presento a la señorita Custer, puedes llamarla Lilian y tenéis que ser muy buenos amigos.

El animal miró a la joven y emitió dos ladridos como si entendiera. No había amenaza alguna en tales ladridos sino aceptación.

—Gracias por cuidarlo, Samuelson —le dijo en voz alta.

Pero el jardinero, cejijunto, replicó sombrío:
—Llévéselo pronto de aquí o no vivirá mucho tiempo.
Tras aquellas palabras, dio media vuelta y se alejó aprisa para que no le preguntaran.
El animal se mostró contento de que lo sacaran de lo que antiguamente fuera una gran caballeriza. En uno de los rincones aún se conservaba una polvorienta carroza junto a un ligero dog-cart, carruajes ambos retirados desde la aparición del motor de explosión, pero permanecían allí como fósiles, símbolos de una época ya pasada.
Frank prefirió no conducir a Lilian en la dirección de la alameda que terminaba en aquella especie de cripta o templete en el que el salmón parecía el dios o algo que se le pareciera, un lugar lúgubre y desasosegante pese a que el salmón, en sí mismo, no era ningún animal mítico que inspirara temor, aunque sí las serpientes que allí anidaban.
La residencia tenía una vasta extensión de terreno, todo rodeado por un muro pétreo que lo aislaba del mundo exterior.
Desde cierta distancia, descubrieron un pequeño prado surcado por un arroyo que penetraba en el recinto amurallado, por debajo del muro y mediante una abertura, debidamente enrejada. Salía por otra similar en el lado opuesto. Se acercaron al prado.
El perro "Odín" saltaba contento, se sentía a gusto con la pareja, la cual, al llegar cerca del agua, se sentó sobre la hierba húmeda.
La nubosidad se rasgaba en parte para descubrir algún retazo de cielo azul.
—Creo que no podremos estar mucho aquí —opinó Lilian—. El doctor querrá pasar visita a los residentes.
—Estará muy ocupado con la marcha de la residente del diecisiete y con su talonario de cheques. Por cierto, hay una cosa que debía darte.
—¿El qué?
Frank estiró su mano. Cogió a Lilian por la cintura y la atrajo hacia sí, inclinándola hasta hacerle tocar la hierba con la espalda, y la besó en los labios.
Sintió el pálpito del cuerpo femenino y notó que ella correspondía a la caricia, pero de pronto, se apartó molesta.
—Quieres burlarte de mí, ¿verdad? —inquirió mirándole fijamente.
—¿Por qué?
—Sólo soy una enfermera sin familia y tú, al parecer, tienes mucho éxito con las mujeres. Ya me he fijado en como Sandra te devora con la mirada.
—Es verdad, yo también lo he notado.
—Vaya, no te ha pasado desapercibida su forma de mirarte, ¿eh?

—Ni a mí tampoco como te mira el doctor Zasboriev.

Lilian parpadeó sin saber qué responder, pero unos ladridos de "Odín" la arrancaron de la difícil situación.

Ambos miraron hacia el animal que hurgaba en la tierra.

—Parece que ha descubierto algo —dijo Lilian para escapar del hechizo del momento, pues sentía el impulso de besar al hombre y se daba cuenta de que la iba a ser difícil contenerse.

Se acercaron adonde se hallaba el perro, escarbando el suelo y observando un rectángulo en el que faltaba la hierba. La tierra estaba aplastada por unas botas y un resto de tierra se hallaba desperdigado cerca del arroyo, como si allí hubiera sobrado tierra y para que no se viera amontonada la hubieran repartido por otros lugares.

—Calla, "Odín", calla —le pidió Frank dándole una amistosa palmada de reprimenda.

El can, bien entrenado por el alcalde de Moon Hill, acató la orden de su nuevo amo, pero siguió mostrando inquietud y escarbando con sus patas la tierra blanda.

—¿Qué crees que habrá descubierto? —preguntó Lilian preocupada.

—No lo sé, pero parece que aquí han enterrado algo.

—¿Qué es algo?

—Lo ignoro y será preferible marchar de aquí sin llamar la atención. —Y miró a su alrededor con recelo.

—¿Qué es lo que temes?

—Vámonos, vámonos de aquí. Tengo la cabeza llena de dudas.

—¿No quieres saber lo que hay enterrado aquí, que tanto inquieta a tu perro?

—Sí quiero saberlo, pero será mejor, que venga por la noche con una pala para averiguarlo, no sea cosa que mi curiosidad moleste al doctor Zasboriev o a su fiel servidora Sandra.

—¿Crees que ha sido el propio Zasboriev quien ha cavado aquí?

—No creo ni dejo de creer nada, vamos.

Cogió la correa del perro tirando de él pese a que el animal se resistía a marcharse y lanzaba ligeros quejidos mirando hacia el lugar donde se hallaba la tierra removida.

Allí había algo... Su olfato, muy superior al del hombre, lo había detectado.

Pero, pronto se hubieron alejado del prado donde no crecían arbustos sino hierba y unas pequeñas flores en grupos aquí y allá, emergiendo entre la hierba. Eran siemprevivas purpúreas.

CAPITULO IX

El enigmático doctor Zasboriev ofrecía un aspecto fatigado y pensativo.

Sus ademanes elegantes no parecían pertenecer al mundo de la segunda mitad del siglo XX; eran modales de gran caballero de otros tiempos ya pasados.

Se dirigió a la biblioteca. Introdujo un llavín en la cerradura, pero se percató de que la puerta estaba abierta.

Frunció el ceño, molesto. Empujó la hoja de pesada madera, concienzudamente tallada. Vio luz en el interior de la biblioteca; una lámpara de mesa estaba encendida y pudo descubrir a quien estaba allí.

—Sandra...

—Le esperaba.

El doctor Zasboriev se adentró en la estancia y cerró la puerta tras de sí, pasando un pestillo que aislaba en el interior de la biblioteca particular de la residencia a quien no deseara ser molestado en su lectura o investigación.

La biblioteca era grande, muy grande para pertenecer sólo a una persona. Los anaqueles llegaban hasta el techo y aparecían repletos de libros.

Allí había volúmenes en las más diversas lenguas, ejemplares codiciados por los bibliófilos más eruditos. Libros grandes, pesados, libros de tapas de cuero y libros pequeños, apenas manejables, de hojas finas, amarillentas y casi quebradizas por la deshidratación.

Había dos atriles. Uno de ellos estaba vacío y en el otro se abría un libro antiguo, escrito en una lengua extraña para muchos, incluso para la mismísima Sandra, pero que Zasboriev parecía leer con facilidad.

También había una gran bola-mundi con soporte y que debía de tener más de un siglo de antigüedad. Mucho de lo que allí se marcaba geopolíticamente, ya no era cierto.

—Sabes que no me gusta que esta puerta quede abierta. Creí que podía tener completa confianza en ti.

—Y siempre le he demostrado que puede ser así.

—Entonces, ¿por qué un descuido semejante?

—Conozco muy bien sus costumbres y sabía que pasaría por aquí de un momento a otro. Le esperaba.

—Estoy cansado, Sandra. ¿Qué quieres ahora?

—¿Ahora? Si nunca me concede lo que pido.

—¿Acaso te falta algo?

—Sí.

—¿Dinero, acaso?

—No, quiero la juventud, lo que se ha llevado hoy esa vieja —dijo impulsiva.

—Eres muy joven todavía para pedir la juventud. Te queda mucho tiempo por delante, ¿no crees?

—¡No, no lo creo! Acérquese y mire mi rostro.

—No está mal, nada mal —opinó sentándose al otro lado de la mesa y observándola gracias a la luz de la lámpara.

—Tengo arrugas en los ojos y en las comisuras de los labios, se me notan los cuarenta años y yo fui bella y joven.

—Todas las mujeres de esta residencia envidian tus formas, tu belleza, tu juventud.

—¡Todas no! —replicó Sandra con acritud.

—¿Cuál no?

—La enfermera Lilian Custer, que tiene veinte años.

—Ya, es ella la que te hace sentir vieja.

—Sí. Quiero ser joven como ella. Usted me prometió que cuando fuera vieja me haría joven, joven como una doncella, joven como Lilian Custer y ha llegado el momento de que me dé ese regalo.

—Es muy pronto, Sandra. Tendrás tiempo sobrado para pedírmelo.

—No es pronto. Hace años que me miro al espejo y años que vengo dedicándole toda mi vida. Ya no me hace caso, he engordado y me cuesta mantener una línea como se estila hoy en día, pero tengo derecho a vivir y a gozar de la juventud con la experiencia que poseo.

—No, Sandra. Si te doy la juventud ahora, te marcharías de mi lado y eres la mejor colaboradora que he tenido jamás.

—No me iré.

—Eso puedes asegurarlo ahora, pero luego, cuando te vieras en el espejo…

—Hay un hombre aquí que podría retenerme y muy a gusto.

—¿El joven y apuesto doctor Vyland? —preguntó ligeramente irónico.

—Sí.

—Quizá él no te acepte como compañera.

—Al principio se puede utilizar uno de esos bebedizos que usted macera tan acertadamente. Por ejemplo, estramonio u otro parecido. Luego, con la experiencia que tengo, sabré mantenerlo atado a mi nueva juventud, a mi belleza recuperada.

—¿Por qué no lo dejas para más adelante? Ese joven es competente, aunque excesivamente curioso y pienso mantenerlo aquí. Da sensación de seguridad a los enfermos y como es íntegro, puede que se muestre amable con las gentes de Moon Hill y dejen de mirarnos con rencor.

—Esta mañana he sentido envidia, verdadera envidia de la vieja

que ha transformado en joven y que se ha marchado en su "Rolls Royce". Le aseguro que su chófer ha puesto una cara de sorpresa al verla que era todo un poema. Tendrán que tomarle las huellas digitales para demostrar que es ella y no otra persona suplantándola. Los familiares no van a aceptarla.

—No les quedará otro remedio. Tiene el certificado conforme ha pasado por esta clínica de rejuvenecimiento. Su cuerpo no ha variado, sólo ha rejuvenecido. Si tiene cicatrices o huesos soldados por alguna antigua rotura, aparecerán en un examen médico de comprobación. Saldrá adelante como han salido los anteriores.

—Yo quiero rejuvenecerme, tengo derecho a ello. Llevo más de quince años dedicándole toda mi vida.

—Al principio viniste aquí porque te enamoraste de mí, debes de confesarlo.

—Siempre ha sido como un dios para mí, usted lo sabe y he gozado de cuanto ha querido darme, pero a medida que pasaba el tiempo, pensaba más y más en la recompensa que una noche me prometiera al pedirme silencio a cambio.

—Sí, aquella noche viste demasiado y había que pedirte silencio o la vida.

—Me prometió la juventud para cuando la perdiera si permanecía en silencio. Lo he mantenido, he colaborado y he sabido cada detalle de cuanto aquí ha ocurrido.

—También los conoce Samuelson.

—¿Le ha prometido a él también la juventud?

—La merece, aunque sea rudo y zafio. Después de todo, su mujer le ha estado engañando a lo largo de los años con Wender. Merece otra juventud y la oportunidad de buscar a otra mujer. A él se la daré cuando decida que la señora Flanagan no es necesaria y traigamos a otra cocinera. Los tiempos cambian y el personal debe de renovarse.

—¿Como Foster?

—Exactamente.

—Pues, también se puede renovar a Lilian Custer.

—¿Lilian Custer? —repitió extrañado—. Si acaba de llegar a la residencia como quien dice.

—Conozco bien el ritual de Loki. Hace falta una entrega y una víctima a sacrificar. Yo hago la entrega y la súplica, y la víctima a sacrificar será ella. Es una forma de evitar celos estúpidos cuando yo rejuvenezca ante los ojos del joven doctor Vyland.

—¿Por qué no eliges a la señora Flanagan? Podríamos...

—No. ¿Acaso tiene algún interés especial por Lilian Custer?

—Es bonita, pero yo, que he vivido mucho, sé que no es la única mujer hermosa de este mundo.

—¿Qué más puede querer Loki para el sacrificio que una joven

hermosa, posiblemente pura? —preguntó con malignidad.

—Me molesta que sea Lilian Custer, pero quizá sí convenga hacer de vez en cuando una ceremonia más especial.

Sandra estiró las manos por encima de la mesa. La luz de la lámpara las iluminó; temblaban de emoción al preguntar:

—Entonces, ¿de acuerdo en que la próxima ceremonia me corresponderá a mí?

Él le cogió las manos. Las manos de aquel hombre eran frías, heladas como las de un cadáver viviente. Apretó las manos de Sandra y dijo:

—Está bien. Después de todo, he de reconocer que te lo mereces y así podré seguir contando contigo durante algún tiempo más. Pensaba terminar pronto con los residentes que quedan y luego hacer un periplo de varios años por el mundo para regresar después como he venido haciendo a lo largo del tiempo. Es la forma de engañar a las gentes de Moon Hill para que sigan creyendo que un nuevo doctor Zasboriev hereda a otro en posición, fortuna y profesión, cuando...

—Siempre, siempre es el mismo —rio nerviosamente Sandra, dejándose apretar las manos por el maligno y enigmático doctor.

CAPITULO X

La cena se desarrollaba en un ambiente de opresivo recelo.

Nunca habían visto comer en aquella mesa al doctor Zasboriev y los residentes comían en el salón o en sus respectivas habitaciones, según estuvieran de humor o de salud.

Sandra fue a la cocina y ella misma, como dando a entender que ayudaba a la señora Flanagan, llevó una bandeja a la mesa. En aquella bandeja había comida para dos, era para ella y para Lilian Custer, a la cual sirvió, azorando un tanto a la joven.

—No se preocupe, aquí somos como amigos. Otro día me servirá usted —le dijo Sandra ante la débil protesta de Lilian.

Frank no sospechó ningún mal en ello, pero lo habría visto de analizar el contenido del vaso de agua que Lilian tenía delante.

Era incolora, inodora, pero Sandra le había lanzado unas furtivas miradas demasiado significativas.

Cenaron. Frank Vyland dijo que daría una ronda por las habitaciones de los residentes para comprobar su estado.

Lilian, ya a solas en el corredor, le dijo:

—Estoy fatigada.

—Entonces, será mejor que descanses.

—Pero tú, ¿qué piensas hacer esta noche?

—No te preocupes de mí, ya hablaremos mañana.

—No, Frank, tú quieres regresar al prado, ¿verdad? —le preguntó angustiada.

—Te acompañaré a tu habitación y mañana hablaremos —insistió él.

Se sentía con una extraña fatiga y se dejó llevar. Ya en el umbral de su cuarto, Frank la besó antes de despedirse.

Lilian Custer se sintió sola en la habitación, aún con el sabor del beso del hombre en sus labios.

Miró el cerrojillo y lo corrió. Tuvo deseos de darse un baño, pero se sentía tan cansada que se limitó a desnudarse y a ponerse un largo y vaporoso camisón, uno de los escasos lujos que se había permitido en su difícil vida desde que fuera internada en un orfelinato tras la muerte de su madre.

La alcoba estaba caldeada.

Se tendió en la cama y notó que todo le pesaba. Los brazos cayeron a lo largo de su cuerpo y sus piernas se extendieron, pero sus ojos permanecieron abiertos. Era extraño, muy extraño que no se le cerraran los párpados.

Escuchó unos ruidos que provenían del cuarto de baño. Quiso volver la cabeza hacia él y no lo consiguió; sólo pudo girar sus ojos

hacia la puerta del lavabo.

Recordó que no había puesto la silla atrancando la puerta para no ser sorprendida durante el sueño. Era una miedosa y le agradaba tener la seguridad de un total aislamiento mientras dormía, o quizá le gustaría que ese aislamiento fuera roto por un hombre, por Frank S. Vyland, transformado en su marido. ¿Sería eso sólo un sueño o llegaría a convertirse en realidad?

Escuchó el ruido de la puerta del cuarto de baño. Entonces fue cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Dos pares de ojos la observaban desde el umbral del aseo.

Era seguro que habían penetrado por aquella maldita puerta que, ella no había logrado abrir y aquella noche, por sentirse tan fatigada, ni siquiera pensó en atrancarla.

Estaba débil, demasiado débil.

A pesar de la escasa luz, reconoció a las dos figuras. Eran Samuelson, el jardinero, y Sandra.

Sandra parecía más alta, más delgada. Llevaba el cabello negro suelto y vestía una túnica negra, sin brillo. Tenía los labios muy rojos y la tez muy blanca.

Sonreía y sus dientes emergían claramente entre los labios fuertes de color mientras sus ojos oscuros la contemplaban.

Lilian, sorprendida en el lecho, quiso protestar y entonces se dio cuenta de que no conseguía articular palabra, de que sus cuerdas vocales no la obedecían.

Una sensación de angustia, de terror, la invadió.

A lo largo de su cuerpo no sintió nada, era como si no lo tuviera. Sólo veía, oía y pensaba. ¿Qué le ocurría?

—Buenas noches, Lilian. ¿Te sientes bien?

Quiso responderle y sólo lo hizo en el pensamiento. "¿Qué me has dado en la cena, bruja?"

Sandra semejó comprender la pregunta formulada mentalmente. Se acercó al lecho y tocando el cuello de la joven mientras Samuelson aguardaba en silencio, dijo:

—Las drogas que conoce el doctor Zasboriev son algo magnífico, ni siquiera los más preparados farmacéuticos occidentales las conocen, porque el doctor Zasboriev jamás ha despreciado la medicina de los hechiceros de las tribus más seculares de Asia, África y Sudamérica. El doctor posee conocimientos que nadie, en conjunto, tiene como él y ya ves, yo le ayudo, aunque en esta ocasión seré la beneficiada.

"¿Cómo?", le preguntó Lilian angustiada, escuchando dentro de su cerebro su propio interrogante.

Sandra soltó una carcajada. Luego, miró a Samuelson y le ordenó:

—Cógela y vámonos.

Samuelson era extraño, muy extraño. Aparecía deforme ante los ojos de la muchacha, paralizada por aquella maldita droga que había ingerido ingenuamente durante la cena.

Samuelson semejaba un psicópata, pero dispuesto a obedecer a su dueña que era Sandra. Su cuerpo era largo y las extremidades inferiores muy cortas; sin embargo, sus brazos eran largos también y su mirada maligna.

La paseó por el cuerpo de Lilian, moldeado por el suave camisón. Luego, pasó sus brazos por debajo del cálido cuerpo femenino y lo alzó en el aire, atrayéndolo hacia sí para mejor soportar su peso.

Lilian quiso gritar, protestar, resistirse... Era inútil, nada le obedecía.

Sus piernas caían inertes y sus brazos también. Su garganta no lograba articular sonido alguno. Sollozó de desesperación y unas lágrimas afloraron a sus ojos.

—¿Estás asustada, pequeña cervatilla? —se mofó Sandra, en tono compasivo.

"Por favor, por favor, no me hagan nada, no me hagan nada", suplicó mentalmente, con los ojos fijos en Sandra.

Sandra, que parecía adivinar el ruego, respondió:

—No temas, no sufrirás. La ceremonia no es larga. Yo estoy bien preparada para ser la ministro de la ceremonia, guiada por el doctor Zasboriev, prosélito de Loki. ¿Sabes quién es Loki? —Hizo una pausa, sonrió y agregó—: ¿No? Pues te diré que es el genio del mal, así se le temía en Escandinavia. Odín, el dios del bien en la mitología escandinava, mandó a sus divinidades para que le mataran, pero Loki se arrojó al agua y se convirtió en salmón. Loki, como uno de los grandes demonios, no puede morir porque es inmortal. El doctor Zasboriev, hace muchos años, te asombrarías si conocieras cuántos, consiguió encontrarlo. Hizo un pacto con él y aunque pasen los años, el doctor Zasboriev permanece siempre joven. Yo también quiero ser joven y he de hacer un pacto con Loki, sí, el maligno Loki que tuvo tres hijos, un lobo, una serpiente y la muerte. Todo ello pertenece al ritual para conseguir su favor, siempre a cambio de algo, porque Loki es insaciable. En esta ocasión, yo recuperaré mi juventud, seré joven como tú y Frank será mío. ¿Lo entiendes? ¡Mío!

"¡No lo conseguirás!", replicó mentalmente Lilian.

Sandra prosiguió:

—¿Por qué crees que la residente del diecisiete se volvió joven? Porque al fin accedió al ceremonial, a ser la ministro de su propio ritual guiada por la mano del doctor Zasboriev, prosélito de Loki. También tuvo que pagar. El precio es alto: Juventud a cambio de pertenecer en el futuro a las huestes de Loki para así formar un día el suficiente número de seres que combatirán a Odín, el enemigo mortal

de Loki. A ti, esto se te antojará absurdo, pero hay muchas cosas que parecen absurdas y que en cambio existen a nuestro alrededor. ¿Por qué crees si no que estos viejos y decrépitos millonarios acuden aquí, a la Residencia Loki? Pues, porque oyen hablar de estos prodigiosos rejuvenecimientos, pero el doctor Zasboriev los escoge meticulosamente para saber cuáles de ellos serán capaces de admitir el ceremonial con su pacto de muerte, cuáles serán capaces de exigir la juventud a cambio de sacrificio de la víctima entregada a Loki. Es difícil escoger. Algunos se resisten y mueren antes de celebrar el pacto. De todos modos, el doctor Zasboriev siempre les cobra caro, muy caro, mueran o vivan rejuvenecidos. Conoce bien su labor porque ya tiene doscientos años y tendrá otros siglos más porque Loki lo protege. Ahora, creo que ya te he explicado demasiadas cosas, mi querida Lilian. Olvídate de Frank, no volverás a verle. Mañana le diremos que te has marchado, eso será todo. —Miró al jardinero psicópata y le ordenó—: Vamos, ya he perdido demasiado tiempo, el doctor nos estará esperando.

Se introdujeron por la puerta del cuarto de aseo que daba a una especie de compartimiento en el que había una segunda puerta que podía dar a otra alcoba.

Samuelson empujó una tercera puerta muy estrecha y ante ellos apareció una escalera descendente y lóbrega dentro de una especie de túnel negro y húmedo donde podían escucharse los chillidos de las ratas, sorprendidas por la linterna que ahora portaba Sandra, ya que Samuelson cargaba con el cuerpo de Lilian Custer.

Llegaron a una pequeña estancia donde se acumulaban trastos viejos, polvorientos y herrumbrosos, enmohecidos muchos de ellos.

Samuelson tendió a Lilian sobre una vieja camilla de grandes ruedas. La joven quiso saltar de ella, nada la ataba, pero era incapaz de mover uno solo de sus músculos.

Sus ojos, suplicantes, buscaban ansiosos los de Sandra, mas ésta seguía adelante con sus propósitos.

—Tranquila. Parte de la ceremonia es que tú permanezcas con los ojos abiertos y tengas el pensamiento libre para que la ministro, en este caso yo, pueda darme cuenta de que vives, de que sufres, de que estás despierta, lo mismo que también es imprescindible que la celebrante, es decir, yo, esté con la mente despejada, sin ninguna clase de droga en el cuerpo, a sabiendas del pacto que voy a efectuar. Es algo que el doctor Zasboriev exige siempre a quienes piden el rejuvenecimiento. Hay que hacer el pacto con Loki con plena conciencia de lo que se va a recibir y entregar, pero no temas, no sufrirás.

Tras aquellas palabras, empujó la camilla de grandes ruedas que, sorprendentemente, era lo único allí que estaba engrasado y no hacía

ruido.

Samuelson abrió la puerta y las vio alejarse.

Sandra guiaba la camilla con su delicada carga en dirección a la umbría alameda, al final de la cual se hallaba el templete, la cripta del maligno Loki.

Lilian no consiguió ni crispar sus manos. La droga ingerida era de una potencia y efectividad aterradoras.

CAPITULO XI

"Odín" permanecía silencioso, mirando a Frank Vyland que cavaba en la tierra removida con una pala sacada del garaje. Luego, de vez en cuando, vigilaba a lo lejos. Frank le había puesto una venda alrededor del hocico para que no ladrara súbitamente, descubriéndole.

Frank cavaba a la luz de la luna, aunque tenía una linterna. Al fin, cavando rápidamente gracias a que la tierra estaba blanda, dio con algo duro. Era una caja. Raspó la madera y comprobó que se trataba de un ataúd.

Fue desenterrándolo hasta que consiguió dejar la tapa al descubierto, pero estaba cerrada con llave y utilizó el filo de la pala como palanca para hacerla saltar. Aquella caja era de mala factura y cedió con facilidad.

Al levantar la tapa, comprendió que no estaba vacía. Algo brilló, reverberando la luz de la luna. Eran como dos cristales en el fondo de la sepultura. Frank, por hallarse dentro de la fosa, se arriesgó a iluminar con su linterna lo que allí había,

—¡Foster!

El perro "Odín" se mostraba inquieto en lo alto de la fosa. Por entre su hocico atado escapaban ligeros gemidos.

—Dios mío, Foster.

Se acercó más para observarlo y entonces descubrió una franja ancha y morada, como un enorme collar, alrededor de todo su cuello. Aquello no podía haberlo hecho una mano humana, ni tan siquiera una soga normal y corriente.

Recordó las palabras del alcalde de Moon Hill. La muerte de Luke Foster coincidía con las muertes habidas durante muchas décadas en el pueblo.

Recordó también las siemprevivas que crecían en aquel prado y se dijo:

—Todo esto es un cementerio, un cementerio oculto. ¿Cuántos seres asesinados habrá en este lugar? Qué horror. Con razón nos buscaban sin familia, salidos de orfelinatos, sin nadie que pudiera reclamarnos. La forma de hacernos llegar hasta aquí es dándonos un empleo, todo muy bien montado. Lilian y yo corremos peligro, tengo que advertirla de esto.

Mas, ya era tarde, había sido descubierto.

El perro gemía, pero como tenía el hocico atado, no podía ladrar.

En lo alto apareció Samuelson blandiendo una barra de hierro afilada por sus dos extremos. Soltó una carcajada y lanzó la barra con intención de atravesar a Frank por la espalda en un lugar donde era muy difícil que pudiera escapar a la muerte.

Pero Frank Vyland se movió a tiempo y el afilado acero pasó entre su brazo y el costado, hundiéndose en el cadáver de Luke Foster y clavándolo materialmente en el fondo del ataúd.

"Odín", que no podía ladrar ni morder, saltó sobre Samuelson empujándolo con sus patas. Debido a su ya considerable peso y a la tierra blanda del borde de la fosa, hizo caer a Samuelson al interior del hoyo.

Este gritó al caer, atravesándose con la barra de hierro que había quedado erecta, amenazante y mortífera.

En su caída, Samuelson golpeó a Frank, mas éste quedó entre la pared de la fosa y los dos cuerpos, materialmente cosidos por el acero. El perro, en lo alto, seguía gimiendo.

—Diablos, de modo que tú eras quien sepultaba el resultado de las prácticas de ese malvado doctor Zasboriev.

Comprendió que debía de darse prisa en salvar a Lilian. Luke Foster había sido asesinado y ellos corrían el mismo peligro.

Trepó a lo alto de la fosa y, agradecido, le quitó la mordaza a "Odín". Le cogió de la correa, pero al intentar conducirlo hacia la residencia, el animal cambió de dirección, obligando a Frank a seguirle.

Su instinto podía más que el raciocinio del hombre, y Frank fue tras él.

*

La camilla, con la paralizada Lilian sobre ella, se hallaba dentro de la cripta que tenía los hachones encendidos. Olía a un extraño y oloroso incienso, mezclado con alguna sustancia que lo hacía casi repugnante.

Sandra recitaba algo aprendido de memoria mientras permanecía estirada boca abajo sobre la losa de color donde se hallaba el salmón, representación del maligno dios escandinavo convertido en pez para huir de sus enemigos.

El doctor Zasboriev, vestido con un frac negro muy elegante, observaba atentamente. Él era la unión entre la divinidad maligna y Sandra, la ceremoniante.

Sandra, que cubría con su cuerpo la imagen rosada del salmón marmóreo, se levantó para acercarse al pequeño altar. Alzó la pesada piedra del arca con sus manos y dentro de ella, apareció la serpiente negra y gruesa que el doctor Zasboriev eligiera para la ceremonia, como representación de uno de los hijos de Loki.

Sandra alargó su brazo desnudo y la serpiente emergió de la caja de granito. Lentamente, se enroscó en su brazo. Sandra notó su presión y su peso. Lilian podía verlo todo.

En la cripta había más serpientes, pero se hallaban arrinconadas, como contenidas por un extraño poder que emanaba del doctor Zasboriev. Aquello era un auténtico nidal de reptiles.

Con voz gutural, en una lengua muerta, desconocida para Lilian y la propia Sandra, aunque esta última comprendió su significado o, por lo menos, lo intuyó, Sandra recitó unos salmos mientras alzaba el brazo en el que se enroscaba la serpiente.

Luego, se acercó a Lilian. Mantuvo al reptil suspendido sobre la cabeza de la joven y bella enfermera mientras alzaba la voz y en tono de lúgubre juramento decía, ahora ya de forma inteligible:

—Oh, dios del mal, oh dios poderoso, oh Loki, me entrego a ti para esta noche, para el mañana, la mañana de las mañanas y la eternidad de las noches. Te pido la juventud y a cambio, te doy mi alma con el sello de este sacrificio que te ofrezco como tú demandas.

Prosiguió con una serie de palabras incomprensibles para Lilian, que continuaba sin poder moverse, y fue bajando su brazo.

La serpiente, sacando su lengua de dos puntas, descendía como lo hiciera de un árbol y rodeó el cuello de Lilian. Tenía tanta fuerza que consiguió pasar por debajo de su cuello, alzándolo en parte.

Lilian aterrada, quería gritar sin conseguirlo mientras la negra y gruesa serpiente se enroscaba alrededor de su cuerpo.

Aquello era el fin... Sólo tendría que empezar a constreñirla para asfixiarla, estrangularla y de este modo, asesinada, Sandra lograría el pacto con el diablo. Sería su firma para que luego, al caer de los tiempos, su alma perteneciera a Loki, lo mismo que le sucedería a la millonaria del diecisiete o a los otros muchos ancianos que habían hallado el rejuvenecimiento en la extraña y maligna Residencia Geriátrica Loki.

De pronto, el doctor Zasboriev descubrió al perro y a Frank tras él. El reptil terminaba de pasar del brazo de Sandra al cuello de Lilian.

Rápidamente, Zasboriev se acercó a una argolla de la pared y tiró de ella. La verja de hierro comenzó a descender, pero "Odín" tiró brutalmente de Frank hacia el interior de la cripta y el hombre cruzó el umbral, rozándole la gruesa verja la espalda.

—¡"Odín"! —exclamó Frank, soltando al animal.

El nombre sonó como una maldición allí dentro y Zasboriev se tambaleó ligeramente. Fue como si al oír el nombre del mítico dios del bien perdiera poderes, facultades.

En dos zancadas, pisando el salmón marmóreo, Frank Vyland llegó hasta Sandra. La agarró por los cabellos y tiró brutalmente de ella, lanzándola hacia uno de los rincones de la cripta. Su idea era arrancar la mortífera serpiente del cuello de Lilian antes de que la asfixiara.

Sandra rodó hasta el ángulo de unión del suelo con la pared y entonces se sintió aprisionada por otros ofidios. Comenzó a luchar con

ellos inútilmente mientras el doctor Zasboriev, sacando un puñal, intentaba hundirlo en la espalda de Frank.

Este detuvo su muñeca armada y se inició una feroz lucha entre ambos, una lucha a muerte, pero hubo de apartarse de Lilian que, con la serpiente en el cuello, cada vez se sentía más asfixiada mientras los hachones iluminaban la estancia, llenándola de repugnante olor.

"Odín" se alzó de patas, aproximándose al cuello de Lilian. Al ver aparecer la cabeza del reptil, la cazó entre sus colmillos y bastó un solo chasquido para seccionarla.

Frank retorció la mano de Zasboriev y le hizo perder el puñal, pero recibió una patada que le dejó tendido sobre la losa de mármol donde se representaba a Loki.

Zasboriev hundió la mano dentro del arca granítica, apretó con fuerza el fondo de la misma y la losa cedió de costado.

Frank Vyland estuvo a punto de caer, pero tuvo tiempo de aferrarse al otro lado de la losa.

El doctor Zasboriev corrió hacia él para propinarle una patada y hundirlo en aquella especie de sótano del templete, pero Frank le estiró del pie y fue el doctor quien perdió el equilibrio, precipitándose hacia el fondo.

Al caer, se golpeó la base del cráneo contra el canto de piedra y al llegar al fondo, ya era cadáver. Había perdido toda su juventud.

Frank quitó rápidamente la serpiente muerta del cuello de Lilian. Esta tenía los ojos abiertos y vivía. "Odín", a su lado, jadeaba.

El hombre se percató inmediatamente de que estaba drogada. Buscó a Sandra, pero la halló tan envuelta en serpientes que le repugnó. Había muerto asfixiada, con costillas y otros huesos rotos por el poder de los anillos de los ofidios.

Sacó la pequeña linterna del bolsillo y proyectó el haz lumínico hacia el interior del sótano.

Descubrió el cadáver del doctor Zasboriev y también, a ambos lados de las paredes, cuidadosamente amontonados, lingotes y lingotes de oro. Más al fondo, una especie de acuario, que unía sus cristales con oro y las más valiosas gemas engarzadas en él. Contenía un líquido extraño y denso y dentro de él, lo que parecían los restos de un salmón.

Cogió a Lilian entre sus brazos y comprobó que el efecto de la droga cedía y comenzaba a mover los dedos. Salió de la cripta tras estirar de la argolla que alzaba la verja y que debía de tener otra similar en el exterior para abrirla desde fuera.

El perro "Odín" les siguió, lanzando una ojeada hacia atrás.

Iba a ser muy difícil explicar al mundo lo que allí había ocurrido, pero quizá se llegaría a la conclusión de que Sandra y el doctor Zasboriev, con la colaboración de Samuelson, practicaban rituales

satánicos y asesinaban, pues iban a desenterrar muchos cadáveres en el pequeño prado, tantos que asombrarían al mundo.

Lo malo sería dar una explicación de los que llevaban allí enterrados más de un siglo.

Pero Lilian y Frank ya estarían lejos, muy lejos de aquel lugar. Una nueva vida podía comenzar para ellos en las antípodas del globo, Australia les abriría sus brazos y el perro "Odín" sería el juguete y guardián de sus hijos.

Llegarían a pensar que la Residencia Geriátrica Loki sólo era una pesadilla del pasado a la que nadie había hallado total explicación.

Sin embargo, algunos hombres y mujeres millonarios seguirían disfrutando de una nueva juventud en la *high-life* internacional mientras sus almas estaban vendidas ya al diablo.

FIN